

La Ilustración Artística



Año XXX

BARCELONA 18 DE SEPTIEMBRE DE 1911

Núm. 1.551



RETRATO DEL SR. O'CONNOR MARTÍNEZ, pintado por Salvador Sánchez Barbudo
(Exposición Internacional de Arte de Roma. Pabellón español.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La Musa*, cuento de María Thiery. — *La industria de los perfumes en Grasse (Francia)*. — Francia. *La revista naval de Tolón*. — *Las maniobras militares del Este*. — Alemania. *La revista naval de Kiel*. — *Las maniobras militares de Pomerania*. — *El nadador Burgess*. — *Derrumbamiento de un edificio en Niza*. — *El dirigible francés «Adjutant Reau»*. — *El aviador Garrós*. — *La coleccionadora* (novela ilustrada; continuación). — *Brihuega. Inauguración del monumento conmemorativo de su asalto y de la batalla de Villaviciosa*. — Barcelona. *Los restos del coronel Iboleón*. — *Banquete de solidaridad de los autores dramáticos catalanes*.

Grabados.—*Retrato del Sr. O'Connor Martínez*, pintado por Salvador Sánchez Barbudo. — Dibujo de Masy Fondévila, ilustración al cuento *La Musa*. — *La Caridad*; *Bustos de los reyes de España*, esculturas de Mariano Benlliure. — *Industria de los perfumes en Grasse (Francia)*. — *Revista naval de Tolón y maniobras militares del Este*. — *Revista naval de Kiel y maniobras militares en Pomerania*. — *Enseñeño*, cuadro de A. Boyé. — *Amazona*, escultura de Luis Touaillón. — *El nadador Burgess*. — *Niza. Derrumbamiento de un edificio*. — *El dirigible francés «Adjutant Reau»*. — *El aviador Garrós*. — *Brihuega. Inauguración de un monumento*. — Barcelona. *Llegada de los restos del coronel Iboleón*. — *Banquete de solidaridad de los autores dramáticos catalanes*. — Berlín. *Mitín socialista*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Atravesamos una racha de percances automovilistas, y no sólo en España sino en varios puntos de Europa, y la notoriedad de las víctimas—aquí los Mendoza Guerrero, en Francia Rostand—hacen que parezca más alarmante el caso. Tal vez no nos asustaríamos si mirásemos a lo que aumentó, en estos últimos tiempos, el número de automóviles. Al entrar en la vida diaria de tanta gente ese *sport*, natural es que entren también sus consecuencias.

A decir verdad, lo del automóvil, al cual hace algunos años, cuando empezaba a ponerse de moda, llamé *artilugio trepidante*, mote que le ha quedado, me da en qué pensar muchas veces. No sé si en el extranjero será ese vehículo cosa de gente rica; aquí doy fe de que lo gastan infinidad de personas que tal vez no alcanzan al áurea mediocridad ensalzada por el poeta latino. Parece un tanto sorprendente que pasen dándose peste de gasolina y bocineando con estrépito personas que, si á mano viene, habitan en un tercer piso, tienen para su servicio una criada zafia y chancletosa, comen menos que medianamente y carecen de cuarto de baño. No es mi ánimo negar ni la comodidad que presta ni el recreo que supone un automóvil, pero se me figura que antes están varias formas de lujo más necesarias: un *home* confortable, con los refinamientos de la vida higiénica moderna, con algunos requilorios de poesía, un par de obras de arte, un estante con libros, unas flores, la mesa blanca y resplandeciente de cristal, los niños exquisitamente cuidados y mejor instruidos y educados, si es posible, un criado de decoroso aspecto, de limpia ropa..., en fin, tantas y tantas exigencias como tiene el moderno ideal, y que son primero y aun son indispensables al que quiera darse el pisto de bocinear y ¡tragar kilómetros!

¿Y qué diré, si el poseedor del aparatoso automóvil es un burgués que, cerrado el escritorio, quitada la pluma de detrás de la oreja, ve surgir el problema pavoroso de no saber adónde dirigirse con su artilugio? Porque él ha oído vagamente que en automóvil se hacen excursiones, sí señor, muy bonitas, que se va á visitar á amigos que tienen residencias campesinas, á distancia de muchas leguas, que se pueden admirar curiosos monumentos, ruinas interesantes, con carácter histórico, iglesias de romántico perfil, valles de honda poesía melancólica, ciudades pequeñas y viejas, en que hay calles que conservan sabores de misterio, romerías tradicionales, en que las antiguas costumbres y los trajes arcaicos todavía reaparecen, en que los tipos resurgen, en que las creencias ingenuas y las ideas ancestrales se pueden estudiar y saborear, con su agreste perfume de flores de brezo en la gándara... Mas ¿qué le importa todo ello al poseedor del artilugio? Ni le atraen amigos, porque no los encontraría fuera del radio de sus quehaceres habituales, ni le gustan mayormente las piedras destartadas, ni se ha calentado la cabeza con la historia, ni en esas ciudades, semialdeas, en que hay rincones sugestivos para la fantasía del artista, ve él más que unas calles muy mal empedradas y en que hozan los gorrinos, y donde á lo mejor no venderán gasolina si se acaba el repuesto. De suerte que el problema sigue en pie: ¿adónde ir? Y acaba por repetir el paseo de todos los días, la misma carretera, entre los mismos postes del telégrafo, con el mismo peligro de aplastar al mismo chiquillo, que invariablemente diablea delante de la misma casucha, en mitad del

camino, sonriente y mugriento, en espera del día en que, descuidándose el mecánico un minuto, le reduce á papilla ensangrentada...

Hay que convenir, por lo tanto, en que muchos se dan el lujo del automóvil careciendo de la comodidad diaria, y otros lo tienen para aburrirse al son de la bocina, todas las tardes, como quien cumple un deber...

* *

Un elemento perpetuo de goce hay sin embargo en los automóviles: de goce y hasta de excitación violenta. Consiste en la discusión, en casinos y círculos de recreo, de las respectivas condiciones de velocidad y resistencia de los diferentes artilugios que en la población existen, discusión que llega á revestir, algunas veces, formas tempestuosas. Porque la posesión de un auto suele alborotar el amor propio, y veréis que no hay aficionado á este *sport* que no ande cada lunes y cada martes cambiando su coche por otro mejor, idea que no suelen tener frecuentemente los que van en coche de caballos. Yo, modesto ejemplar de la generación pasada, no he salido del tronco alazán, y el caso es que llego á todas partes, no siendo muy grande la distancia, lo mismo que llegan los automovilistas. No por eso dejo de encontrar agradable el paseo en automóvil, y, como cada hijo de vecino, siento la fiebre de la velocidad. A esta fiebre se deben casi todos los accidentes, tan numerosos, y buena parte de los aplastamientos de gallinas, guarros, jumentos, canes y personas racionales, (es un decir, porque muchas veces, ellas mismas se buscan por su mano el despachurre).

Vuelvo la vista atrás, y voy recordando las desgracias de gente que yo conocía, y que me han dejado una huella tétrica en la memoria. Pienso en Santamarina, el millonario gallego que había labrado su fortuna en Filipinas, y que por algun tiempo costeó la fundación y sostenimiento del Sanatorio Galiciano de Madrid, y en su trágico suceso, arrastrado por su automóvil con los pies sujetos, hasta convertirse en una piltrafa palpitante de dolor; en el hijo de los condes de Turnes, traído á sus padres con el espinazo roto; en otros que se estrellaron, es la frase consagrada, en la revuelta de una carretera, contra un árbol ó contra un pedrusco. Y ahora, refresca estas reminiscencias el caso de María Guerrero y su esposo, en compañía del matrimonio Thuillier, lanzados con brutal violencia, María con la clavícula rota, Fernando con el brazo fracturado, Thuillier con la nariz partida, tendidos en el camino y sin poder ni auxiliarse; de Rostand comprimido bajo su automóvil, magullado, semiviviente. Y todos mejoran ya, pero, á pesar mío, desde una conversación con un famoso médico, yo desconfío de estas mejoras. Decía el médico á que me refiero, que nunca se sabe lo que son los accidentes de automóvil, que es difícil medir sus consecuencias. A veces, el daño es interior y á largo plazo. Lo que se ve, fracturas, heridas superficiales, si no acarrea la muerte inmediata, se cura; lo peor es lo que queda latente. El vizconde de Irueste, salvado en apariencia de aquella terrible catástrofe del Sud Exprés, que vaticiné sin necesidad de poseer el don de profecía, pues lo vería un ciego, y no lo vieron ni lo previnieron los que de hacerlo tenían el deber, murió sin embargo, algún tiempo después, de las consecuencias del espantoso sacudimiento.

Son contingencias de la vida civilizada, y lo mismo da morir de esto que de aquello. Como dijo el Apóstol de las gentes, vivimos rodeados de peligros, por mar, por tierra y por todas partes.

* *

Y, sin salir del ramo de calamidades, el cólera, sigue amenazando, pero la verdad es que, por ahora, nadie se asusta. Todo el que, engolosinado por las hermosas y sazonadas frutas que madura el calor de este año, se da un atracón de esos melocotones llamados en Andalucía matagallegos, y sufre el consiguiente coliquito, se convierte en *caso*. Los doctores aseguran que no hay cólera en la *Europa limpia*.

¿Cuál es la *Europa limpia*? Voy á decirlo, y no se ofendan patrióticamente los que hayan nacido en los países que incluyo en la Europa menos aseada. La Europa limpia la componen, en primer término, los países escandinavos, Suecia, Dinamarca, Noruega. Todos los viajeros se hacen lenguas de la pulcritud y la higiene que reinan en esas nacioncitas, muy adelantadas, en pedagogía especialmente. Después vienen Inglaterra, Alemania y Holanda. Hagamos restricciones. Inglaterra en general, goza fama de limpia; de Escocia é Irlanda dicen otra cosa los viajeros, que hablan del olor bravío de la gente en Dublín con horror. Alemania muestra limpieza en todo

lo que no es barrio ó vivienda judía; donde empieza el *getto* acaba el aseo. Esta observación la hago extensiva á Holanda. Reléase el capítulo de Amicis sobre los *gettos* de Rotterdam y Amsterdam, y se verá la suciedad compacta que en ellos reina. Verdad es, y con algo hay que consolarse, que los colores irisados de esa suciedad recocida, tanta grasa y tantos trapos ya teñidos de anaranjado obscuro, prestaron sus tonos calientes y misteriosos á la paleta de Rembrandt. La pátina, ídolo de los artistas, acaso no es sino suciedad de los siglos, que constituye un artístico barniz.

De manera que esas naciones limpias, no lo son por completo, pero, afortunadamente, para prevenir las infecciones microbianas basta una limpieza relativa. Desde que se usan desinfectantes y se vulgarizaron elementales nociones de higiene, las epidemias trágicas han cesado.

Suiza es limpia, sin gran mérito; su clima lo impone. Nótese que Suiza está recomendada por los médicos á causa de que en ella apenas hay polvos en suspensión en el aire, en los cuales danzan los gérmenes, prontos á colarse en los pulmones. La nieve es de suyo cándida é inmaculada, y la idea que nos formamos de Suiza es salubre y pura. Hace muchos años, en la época romántica, se iba á Suiza para admirar la naturaleza, para recorrer los glaciares lanzando exclamaciones de asombro ante tanta magnificencia, y leyendo á Byron; pero hoy, que la gente se ha hecho positivista, y la salud es una preocupación, á mi entender extremada ya, Suiza asciende á Meca de la higiene, de la cirugía y de la aireación, y sus médicos pasan por los mejores y hasta los más baratos, y sus sanatorios rebosan. Es, pues, necesario incluir á Suiza entre las naciones limpias por excelencia.

* *

Al llegar á las latinas, titubeo, y experimento la necesidad de echar por delante, para que no se le atribuya todo lo malo al *homo mediterraneus*, á cierta nación semipolar y casi tártara y, desde luego, muy del Norte, que es Rusia. Si juzgo á Rusia por relatos de viajeros, novelas y narraciones de escritores suyos, y, en suma, por el concepto general, hay que reconocer que figura entre los pueblos más descuidados. Cuanto se diga de el desaseo de los muelles napolitanos, los barrios gitanos de España, y el impuro puerto de Marsella, es tortas y pan pintado para la suciedad y abandono de esas *isbas* rusas, donde la gente no se desnuda en seis meses, ó más, y hasta sospecho que no se desnuda nunca, porque no hay cama, y se duerme sobre la estufa, ó en el santo suelo. Además, en la Rusia alemana y la Rusia polaca, ó mejor dicho la Polonia rusa, abundan los hijos de Israel, tan admirablemente retratados por Turguev y Tolstoy, y tal raza, en tales países, lleva consigo un estigma de desaseo tradicional é invencible.

En los pueblos latinos, los hebreos parecen más nivelados con el resto de la sociedad. En España, no hay que decir nada de ellos, porque no existen.

¿Son más sucias las naciones latinas que las anglosajonas? Sí, en conjunto, pero no con la diferencia excesiva que se ha querido ver. Alguien dijo que con sólo mirar ciertas oficinas se sabía si nos encontrábamos en el Sur ó en el Norte. Prescindamos de detalles. Comarcas enteras de España, Andalucía y Cataluña, por ejemplo, son limpias, á su manera—porque hay maneras en esto también.—El aseo andaluz es un aseo moro, mucha agua y mucha cal, colores claros, aire, flores, el surtidor, la fuente, el calzado primoroso en la mujer, la sobriedad en la comida; y de todo ello resulta á veces, como dirían los Quintero, *los chorros del oro*. El aseo catalán, es la obrera vestida de percal lindísimo, es la fabricación de tejidos de algodón y de medias, que permite cierta humilde coquetería á la hija del pueblo, es el bienestar debido al trabajo, que hace la vida sana y colmada. Lo único que España necesitaría para contarse entre las naciones purificadas, sería emprender valerosamente la extinción de la chinche. Para extinguir la chinche, habría que enseñar á la mujer, en las escuelas, mucha desinfección. En España, la pedagogía es vida y camino.

Quizás también Marsella haya cambiado. Todo mejora, aprisa ó despacio, en el mundo, y especialmente en este capítulo de la limpieza y la sanificación. Es un Evangelio que va difundándose, y que prefiero á los de Zolá. Tiene la ventaja de que se impone á todos, piensen como piensen en política y demás cuestiones opinables. En esto no hay disputa. Un microbio es un microbio, y el jabón y el agua hacen milagros, no estando de más la colonia, el elixir, el salol y el sublimado, para rematar la suerte.

LA MUSA, CUENTO DE MARÍA THIERY (1), dibujo de Mas y Fondevila



Ahí van doscientos cincuenta francos, producto de las flores pintadas por usted y que yo he vendido

—¿Cómo se me apareció la verdad en una mentira? ¿Cómo una Musa de Carnaval llegó a ser la Musa de mi existencia? ¿Cómo comprendí delirando lo que era la razón, y cómo soñando me hice cargo de la locura del sueño? Todo esto puedo contároslo en pocas palabras si queréis escucharme.

Aceptamos la proposición con entusiasmo.

Después de un día de cansancio pasado en andar por las calles atestadas de gente, nos habíamos reunido una docena de amigos en el taller de Gastón Permey, quien nos había invitado a terminar en su casa aquella velada de Carnestolendas.

La señora de Permey, una rubita de ojos risueños, fué la única en no aprobar el ofrecimiento de su marido.

—¡Cómo! ¿Vas a explicarles?, exclamó.

—¿Y por qué no?, respondió Gastón.

—Después de todo, si esto te divierte...

«—Ninguno de vosotros, comenzó diciendo Gastón, me conoció en aquellos tiempos de mi primera juventud que hoy me complazco en evocar. Hace de esto doce años... ¡Cuán de prisa pasa el tiempo!

»Tenía yo veintitrés años, un capital de tres mil francos, una caja de colores, los cabellos largos y el convencimiento inquebrantable de ser un hombre de genio.

»Toda mi familia se reducía a un tío, fabricante de papeles pintados é íntimamente persuadido de la superioridad del comercio sobre el arte. No podíamos entendernos.

»Cuando descubrió que, á espaldas suyas, frecuen-

taba yo la Escuela de Bellas Artes, montó en cólera espantosa y me puso en el trance de escoger entre su herencia y la pintura. Tuve un hermoso arranque y desprecié la herencia.

»Establecíme, pues, en un pequeño taller de Bagnolles, en lo más alto de una casa ocupada toda ella por gente modesta y trabajadora.

»Allí amasaba en mi paleta esos colores brillantes que constituían mi secreto, no obstante lo cual en mi espíritu había más negruras que tintes rosados.

»Quedábanme, en aquel momento, de la herencia paterna novecientos cuarenta francos..., que no tardaron en volar.

»Para acabar de complicar mi existencia, me enamoré.

»Ella vivía cerca de mí, en un cuartito, del que salía por la mañana y al que no regresaba hasta la noche.

»La encontré en la escalera un domingo. Llevaba en el cuello un lazo azul y sin ningún preámbulo hícele observar la semejanza entre el color de aquella cinta y el de sus ojos; y al ver que se quedaba un tanto cortada por aquel modo brusco de entrar en relaciones, le di por excusa que, siendo pintor, no podía yo permanecer insensible á la armonía de los colores. Y á continuación atrevíme á expresarle, en nombre del arte, mi admiración por el oro de sus cabellos, el nácar de sus mejillas...

»Y en vista de que no se enfadaba, invitéla á visitar mi taller... ¡Entre vecinos!

»La señorita Juana —pues tuvo la amabilidad de decirme su nombre— aceptó sin cumplidos; y he de decir, en honor á su buen gusto, que puso en sus alabanzas de mis obras prudentes reservas. Únicamente le satisfizo del todo un ramo de malvas rosas.

»—Debiera usted pintar flores, me dijo.

»En boca de cualquiera otra persona, aquel consejo me habría irritado; pero de mi nueva amigueta de azules ojos lo acepté sonriente. Puesto que ella

amaba las flores, le daríamos gusto. Y como pareja á las malvas rosas pinté un ramo de mimosas y ello me dió ocasión, algunos días después, para acecharla al paso é invitarla á ver mi nueva obra.

»Así adquirió la costumbre de entrar en mi casa con cualquier pretexto; yo, en cambio, no me atrevía á ir á la suya. Sabía que era de buena familia y que, á causa de la ruina de su padre, que había muerto de pena al encontrarse en la miseria, se había visto obligada á dar lecciones para ganarse el sustento. Decía con mucha gracia: «No soy muy sabia y no tengo ningún título oficial, pero el mayor de mis alumnos no tiene ocho años..., y todos me quieren como á una amiga mayor.»

»¡Diantre! También yo la quería como una amiga, aunque menos inocentemente quizás que los niños á quienes enseñaba.

»A pesar de mis apuros económicos, fué aquella para mí una época deliciosa.

»No obstante, el día que cambié mi última moneda de veinte francos, no me pasó por las mientes acechar á mi vecina; era menester pensar en cosas menos dulces que su sonrisa y sus ojos... ¡Era preciso comer!

»La señorita Juana entró espontáneamente en mi piso.

»—Vengo á pedir á usted un gran favor; que me dibuje usted un traje..., un traje de Musa.

»—¿Para usted?

»—¿Le sorprende?, exclamó riendo alegremente. Pues bien, sí, para mí es. La madre de una de mis alumnas ha organizado para el lunes de Carnaval una representación de cuadros vivos; le falta una Musa y me ha rogado que me encargue de este papel. Ella cuidará del traje, cuyo dibujo yo le facilitaré. Es una señora buena, amable y su hija me adora y toma lección diaria. ¿Podía oponerme á sus deseos?

»—Ciertamente que no. Ahora mismo voy á hacerle un croquis.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

»—¿Pero por qué pone usted esa cara tan triste?
 »—¿Qué, pongo la cara triste? Pues bien, me entristece pensar que otros podrán admirarla y yo no.
 »—He de vestirme en casa de mi alumna; de no ser así le hubiera enseñado á usted mi traje al partir para la fiesta.

»Las privaciones, el desaliento, hicieron rápidamente su obra. Caí enfermo, tuve calentura y durante la noche me acometió el delirio.

»Llegó el lunes de Carnaval; pero yo me sentía tan postrado que ni alientos tuve para contestar á mi vecina cuando llamó á mi puerta y me dijo que se iba á la tertulia.

»Me acosté con la cabeza ardiente, olvidando la llave del piso en la cerradura y dejando la lámpara encendida.

»Durante mis sueños febriles, habíame figurado tantas veces ver inclinada sobre mí una cabeza rubia, que me imaginé estar soñando todavía cuando vi aparecer en mi cuarto la adorable visión de una Musa de dorada cabellera.

»—Soy yo, me dijo; he visto luz en la habitación y la llave en la puerta y he entrado... ¡Buenas noches!. ¡Pero usted está enfermo!

»—No estoy enfermo... Me muero...

»Acercóse lanzando un débil grito y me cogió la mano.

»—Te reconozco, le dije. Eres mi genio... Afirmaban que no existías y estás delante de mí... Si hubiese hecho caso de mi tío, el comerciante en papeles pintados, no habría yo llegado á ser el artista que hace rabiar de envidia á todos mis rivales...

»—La verdad es que su tío tenía razón... No posee usted ninguna de las cualidades de un gran pintor. ¿Por qué, pues, no se limita usted á los dibujos para papeles? Sus malvas rosas y sus mimosas resultarían admirables.

»—¡Quita allá!, respondí indignado. Tú no eres mi genio; eres la Musa del negocio. ¡Vete noramala! Quiero morir dignamente. Por otra parte, la vida me pesa; estoy enamorado sin esperanza.

»—¿Y se puede saber de quién?

»—De mi vecina que se te parece, pero que vale más que tú. Y como no me amará nunca...

»¿Qué sabe usted?.. Pero permítame que le haga una tisana. Está usted abrasando.

»Parece que estuve muy enfermo; durante dos días

no reconocí á nadie y me figuraba siempre ver á la cabecera de mi cama á la Musa del negocio, con quien sostenía yo discusiones interminables.

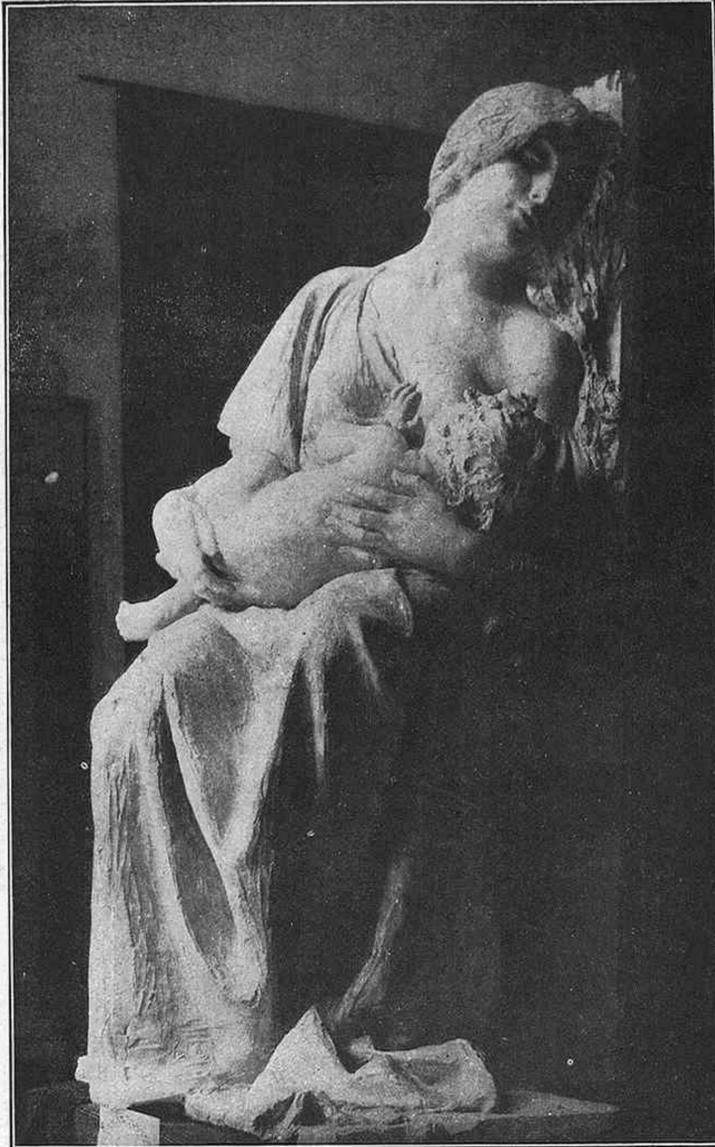
producto de las flores pintadas por usted y que yo he vendido.

»—¿A quién, santos cielos? ¿A un americano?.. ¿A un mecenas?..

»—A un fabricante de papeles pintados.

»—A... á...

»—Que le ofrece á usted, prosiguió la Musa inexorablemente, un destino en su casa: sueldo fijo, habitación y taller. Aquí están escritas sus proposiciones; usted las firmará si le convienen.»



La Caridad, escultura de Mariano Benlliure (Exposición de Industrias Artísticas. Madrid 1911.) (De fotografía de Asenjo.)

»Al tercer día advertí que la Musa era mi vecina, pero seguía ostentando los atributos del papel que yo le suponía: unos billetes de Banco y un pliego de papel cuadriculado con un membrete comercial.

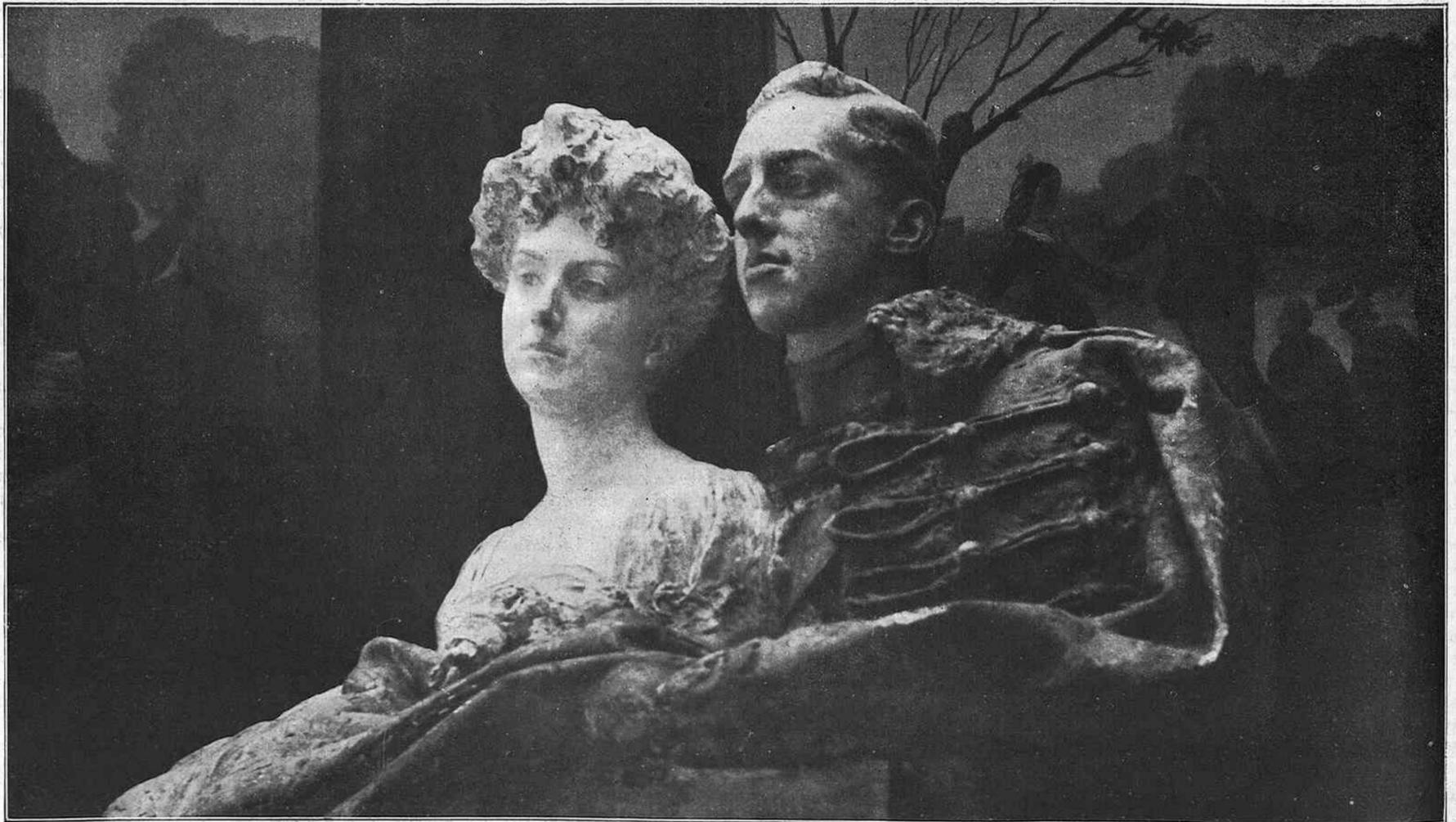
»—¡Ah! Por fin está usted hoy razonable. ¿Quiere escucharme? Ahí van doscientos cincuenta francos,

artística es la continuada serie de sus triunfos. Su copiosa é interesante labor, sus innumerables obras, la mayor parte de las cuales nos ha cabido la suerte de poder darlas á conocer á nuestros lectores, todas se distinguen, todas llevan impreso el temperamento y la genialidad del artista.

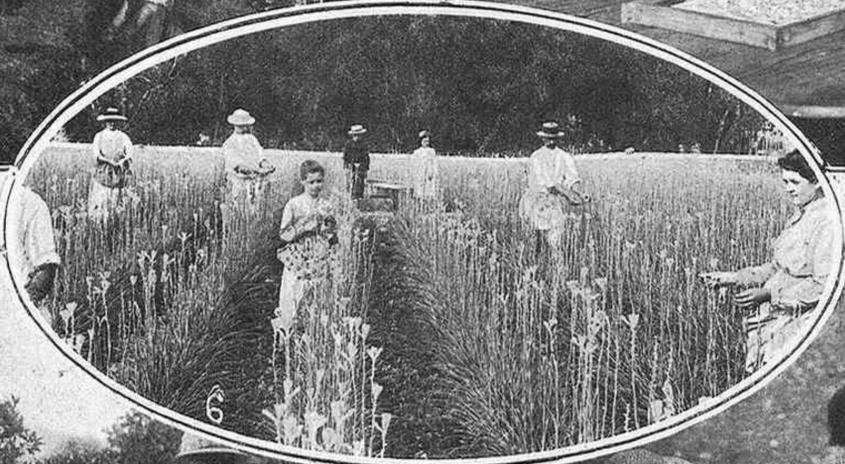
OBRAS DE MARIANO BENLLIURE

En la Exposición de Industrias Artísticas celebrada recientemente en Madrid, llamaron con justicia la atención de los aficionados é inteligentes las dos notables esculturas que reproducimos en estas páginas, la alegórica representación de *La Caridad* y los dos bustos retratos, formando artístico grupo, de los reyes de España.

Las dos obras, como todas las que ejecuta este insigne escultor, son dignas de su buen nombre y de su merecida fama. Desde que allá en sus infantiles años produjo su primera obra *La cogida*, que tantos plácemes le reportó en la Exposición Nacional de 1876, puede afirmarse que su historia



Bustos de los reyes de España, modelados por Mariano Benlliure. (Exposición de Industrias Artísticas. Madrid 1911.) (De fotografía de Asenjo.)



1. Recolección de las rosas.—2. Cocción de las rosas en aceite que luego es destilado.—3. Vista general de Grasse
4.—Recolección del jazmín.—5. El jazmín tratado por el procedimiento de los disolventes fijos.—6. Recolección de tuberosas
7. Recolección de la flor de azahar.—8. Selección de las flores de azahar

Grasse, pequeña ciudad situada en el departamento de los Alpes Marítimos, es con razón denominada la ciudad de las flores. Gracias á la dulzura de su clima, que es el de una perpetua primavera, y á las liberalidades de una naturaleza generosa, la población hállase rodeada, en una gran extensión, de magníficos jardines floridos, en los que crecen en imponderable abundancia el jazmín, la rosa, la tuberosa, la violeta, el azahar y muchas más cuyos aromas exquisitos embalsaman el ambiente.

Esta profusión de flores hace que la industria de los perfumes sea la principal de Grasse y produzca á los habitantes de la comarca pingües rendimientos.

Los principales procedimientos empleados para la extracción de los perfumes del reino vegetal son cinco: expresión, destilación, método de los disolventes fijos (maceración y saturación), método de los disolventes volátiles é infusión. De todos ellos los más usados son el de la destilación y el de los disolventes fijos. En este último, el tratamiento es distinto según que las materias odoríferas resistan ó no la acción de la grasa caliente: en el primer caso, se opera por maceración en caliente; en el segundo, por saturación. Ambos procedimientos consisten en poner la flor en contacto con un cuerpo graso de primera cualidad, grasa, aceite de oliva, parafina ó vaselina, al que se incorporan los productos olorosos al desprenderse de la célula vegetal.

FRANCIA.—LA REVISTA NAVAL DE TOLÓN.—LAS MANIOBRAS MILITARES DEL ESTE

Antes de que comenzaran las grandes maniobras navales, el presidente de la República Francesa ha querido revistar en Tolón los buques que en aquellas habían de tomar parte.

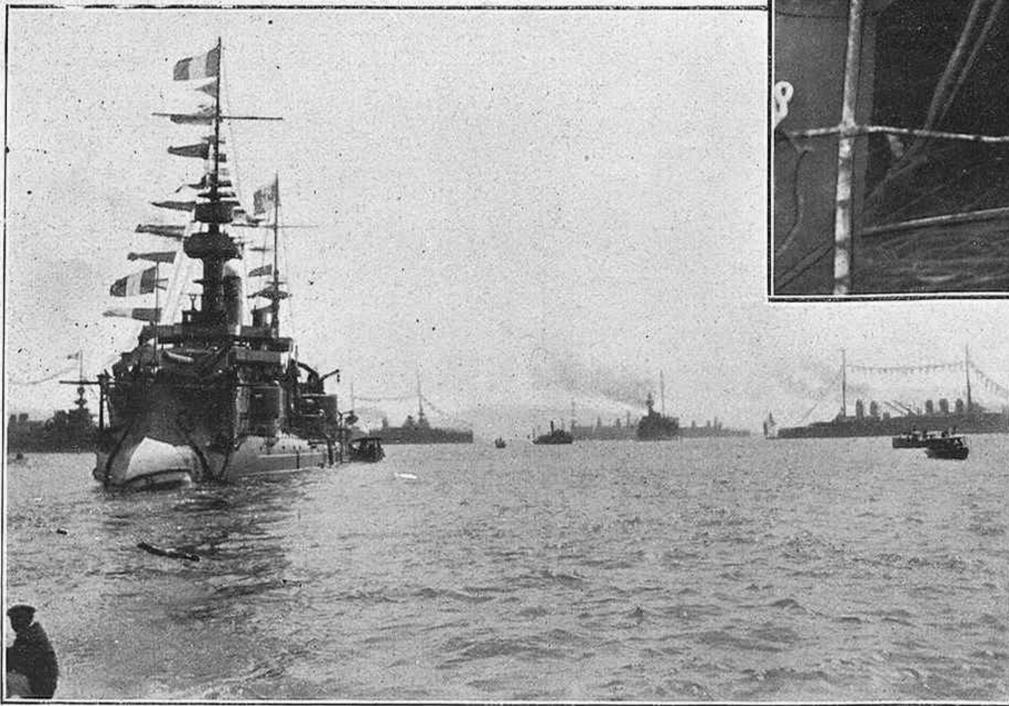
La revista se efectuó el día 4 y el Sr. Fallieres, que llegó á Tolón aquella misma mañana acompañado del presidente del Consejo, de los ministros de la Guerra, de Hacienda y de las Colonias, de los presidentes del Senado y del Congreso, y de numerosos senadores y diputados, embarcóse inmediatamente en un torpedero, en unión de aquellos personajes y del ministro de Marina, y se dirigió al acorazado *Massena*. A bordo de éste pasó por delante de los torpederos y submarinos y de los buques escuelas, haciendo luego rumbo hacia alta mar, en donde estaban las grandes unidades que constituyen las tres escuadras que han de practicar las maniobras.

Después de revistados éstos, que formaban dos

lanchas para colocación de minas, veinticinco contratorpederos y veintiséis torpederos y submarinos; en total noventa y cuatro buques de todas clases, que maniobraron con admirable precisión.

El espectáculo de la revista y del desfile fue imponente, y se vió favorecido por un tiempo magnífico; millares de espectadores lo

«Fijos los ojos únicamente en la bandera, pensando sólo en la patria, aceptando con gusto una disciplina severa, la marina no tiene más que una volun-



Los acorazados desfilando por delante del «*Massena*» en el que se hallaba el presidente de la República. (De fotografía de Branger.)

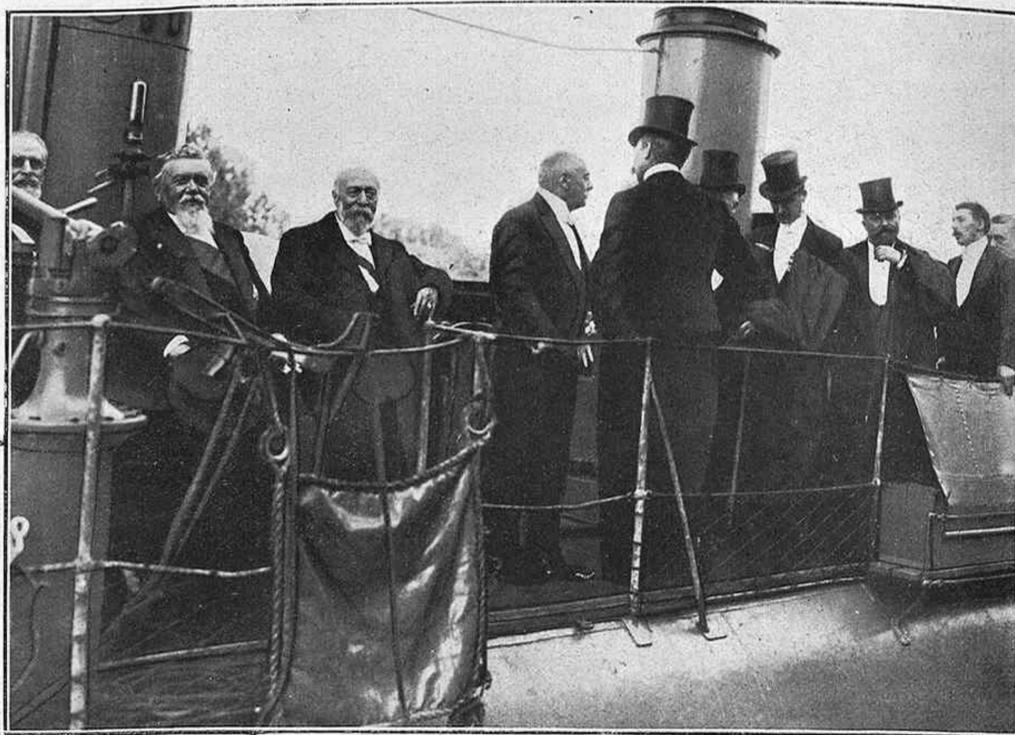
líneas paralelas, el *Massena* fondeó cerca de la costa, comenzando entonces el grandioso desfile. Los barcos, dispuestos en fila única, pasaron por delante del buque presidencial por el orden siguiente: el buque almirante *Jules Ferry*, la escuadra de los acorazados del tipo *Danton*, la tercera escuadra, la segunda escuadra, la escuadra de los cruceros, las divisiones ligeras segunda y tercera y las cuatro divisiones de los contratorpederos. Aquella línea de buques de guerra ocupaba una extensión de quince kilómetros y medio.

Las tres escuadras comprendían las unidades siguientes: veintidós acorazados de primera clase, dos acorazados de segunda, un crucero ordinario, seis

gran banquete de trescientos cubiertos presidido por el Sr. Fallieres y al que asistieron el gobierno, los senadores, los diputados, las autoridades marítimas y militares y los comandantes de los buques. Al final del banquete, brindaron el ministro de Marina, el presidente de la República y los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados. Del espíritu de los discursos da idea el siguiente párrafo del que pronunció el ministro de Marina:



Regimiento de dragones yendo á tomar posiciones



El presidente de la República en el torpedero 311

A su lado está el presidente de la Cámara de los Diputados Sr. Brissón, y al lado de éste, el ministro de Marina Sr. Delcassé. (Fotografía Harlingue.)

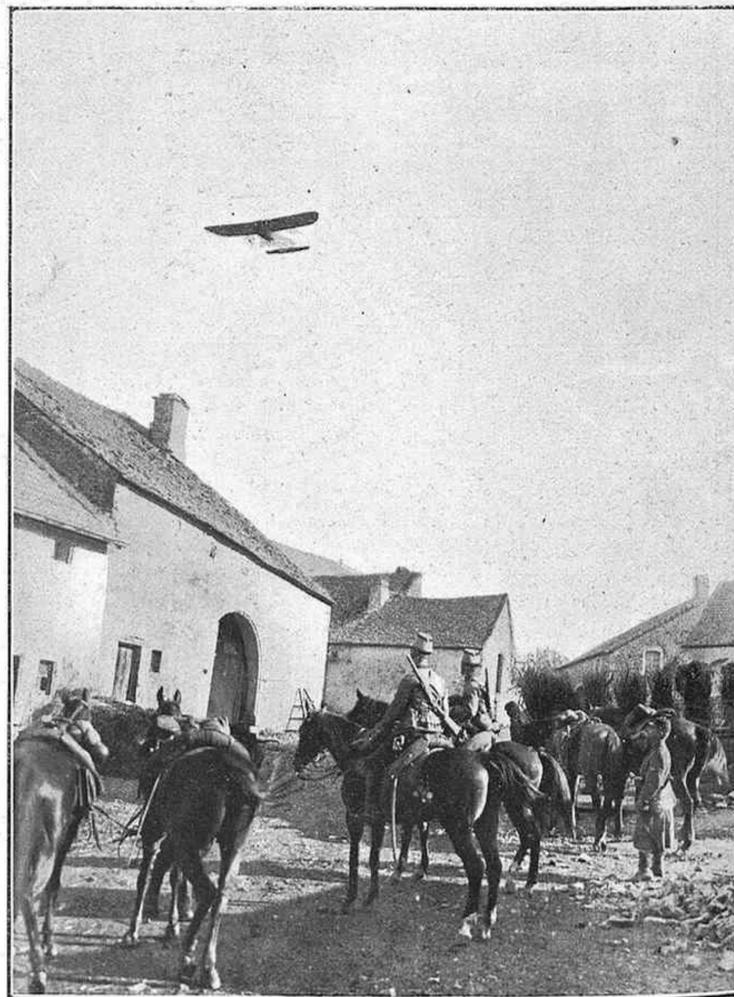
presenciaron á los marinos yal presidente de la República.

Después de la revista celebróse en el arsenal un

tad y una ambición: la voluntad de que cada día señale un progreso en su instrucción, y la ambición de estar dispuesta, verdaderamente dispuesta, á responder, en cualquier instante, lo mismo que el ejército, al llamamiento de la patria.»

Ocioso es decir que, dadas las circunstancias por que atraviesa la política internacional, los brindis del banquete de Tolón han sido muy comentados.

Estas mismas circunstancias prestan un interés especial á las grandes maniobras militares que se



El aviator Vedrines practicando un reconocimiento aéreo. (De fotografías de Branger.)

efectúan en el Este y en las que toman parte cinco cuerpos de ejército, á cuyo servicio van agregados gran número de aviadores militares y paisanos. — R.

ALEMANIA.—LA REVISTA NAVAL DE KIEL.—LAS MANIOBRAS MILITARES EN POMERANIA

Al día siguiente de haberse efectuado en Tolón la grandiosa revista naval de que damos cuenta en la

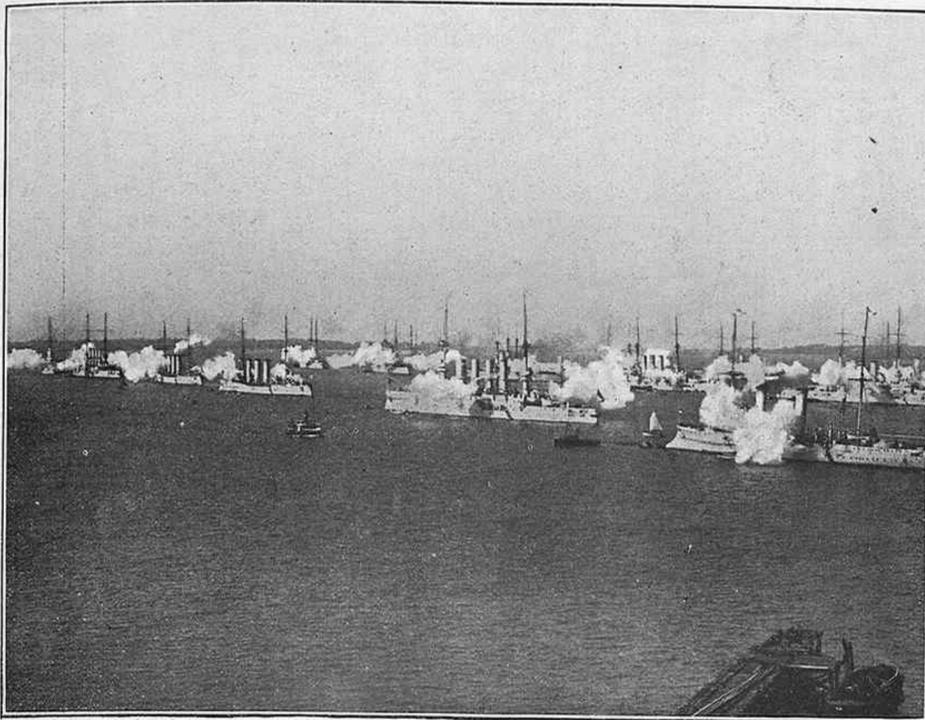
denanza, y luego desfilaron lentamente, formadas en dos filas, por delante del yate imperial, lanzando las tripulaciones un triple hurra.

necesarias á fin de que los vapores autorizados para seguir al yate imperial no exigiesen precios de pasaje demasiado altos.

Terminado el desfile, el emperador y su séquito se trasladaron al buque almirante *Deutschland*, mientras las escuadras, rota la línea de parada, se agrupaban y se dirigían hacia alta mar, en donde practicaron largas evoluciones.

Comentando la revista, decía uno de los más importantes diarios alemanes: «Los corazones de todos los patriotas que han tenido la alegría de asistir á este espectáculo, habrán palpitado de orgullo á la vista de nuestro poder marítimo y de gratitud al emperador, á quien se debe el poderío naval alemán.»

Y después de hacer constar que si Guillermo II ha sido el iniciador de la flota, el ministro de Marina von Tirpitz ha sido su colaborador más valioso, añade: «También él puede sentirse altamente orgulloso de la jornada de ayer, ya que ha sabido realizar los designios del emperador y tiene gran mérito en el hecho de que nuestra flota, aun no estando completa todavía, ha alcanzado ya una situación tal, que puede influir seriamente en la paz y en la guerra.»



Las escuadras haciendo salvas en la rada de Kiel

página anterior, tuvo lugar en Kiel la no menos grandiosa de las escuadras alemanas.

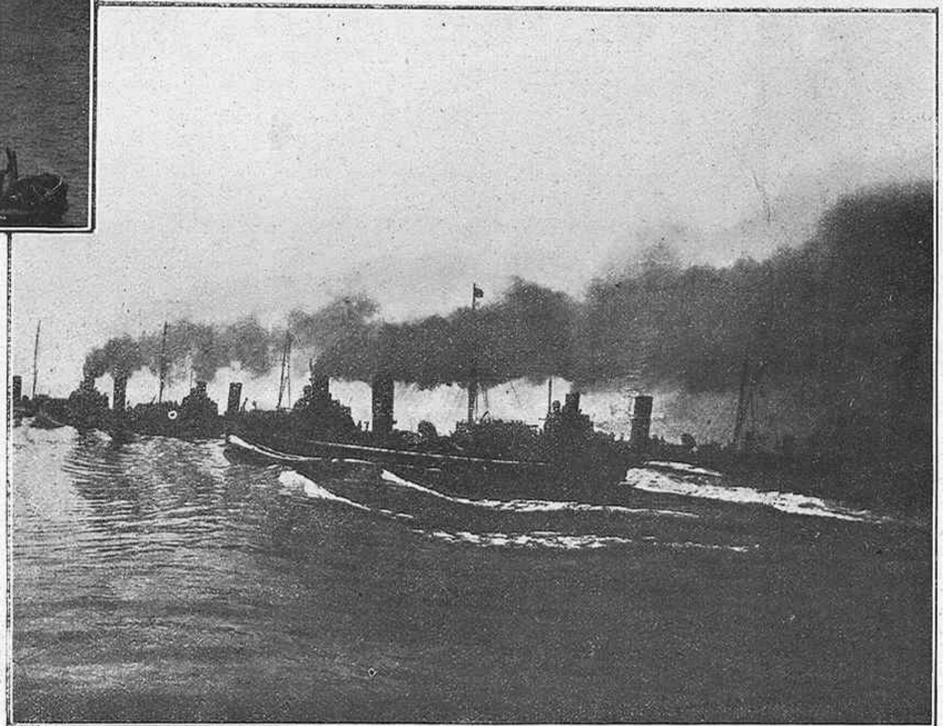
Guillermo II, á quien acompañaban, entre otros, el archiduque heredero de Austria Francisco Fernando, el príncipe Jorge de Baviera, el príncipe Enrique de Prusia, el gran duque de Oldemburgo y el canciller del Imperio, salió de Kiel en el yate imperial *Hohenzollern*, llegando á las 10 á la vista de la flota, cuyas tres escuadras estaban formadas en línea de batalla por el orden siguiente: veinticinco grandes acorazados, cinco grandes cruceros acorazados, once cruceros menores, sesenta y seis torpederos de alta mar, veinte torpederos de costa, dos divisiones de barcos-minas y una escuadrilla de sumergibles.

Este formidable conjunto de buques de guerra representaba medio millón de toneladas y maquinarias de un millón cuatrocientos mil caballos de fuerza. Las tripulaciones se componían de once almirantes, mil doscientos oficiales y treinta mil subalternos y soldados.

Las escuadras, así que avistaron el *Hohenzollern*, salieron á su encuentro disparando las salvas de or-

Después, el emperador y sus acompañantes volvieron á bordo del *Hohenzollern*, mientras las escuadras desaparecían en el horizonte.

El espectáculo por demás grandioso de la revista naval de Kiel pudo ser contemplado de cerca por grandes masas de público. En efecto, Guillermo II, que procura mantener siempre en su pueblo el afecto, el interés y el entusiasmo por la marina, había dado orden de que varios vapores llenos de espectadores pudiesen seguir al yate *Hohenzollern*, el cual, de esta suerte, fué escoltado por más de cincuenta de aquéllos repletos de pasajeros que habían acudido de todos los puntos de Alemania para presenciar la revista. Además, con su buen sentido práctico, Guillermo II había hecho adoptar las medidas



La escuadrilla de los torpederos. (De fotografías de Carlos Delius.)

También en Alemania, como en Francia, han comenzado las grandes maniobras militares, en las que toma parte el príncipe heredero y que este año revestirán excepcional importancia. En contra de la costumbre establecida, se celebran de día y de noche, sin interrupción, y la fecha del término de las mismas es rigurosamente reservada, dependiendo del estado de adelanto que demuestren los cuerpos que en ellas intervienen.

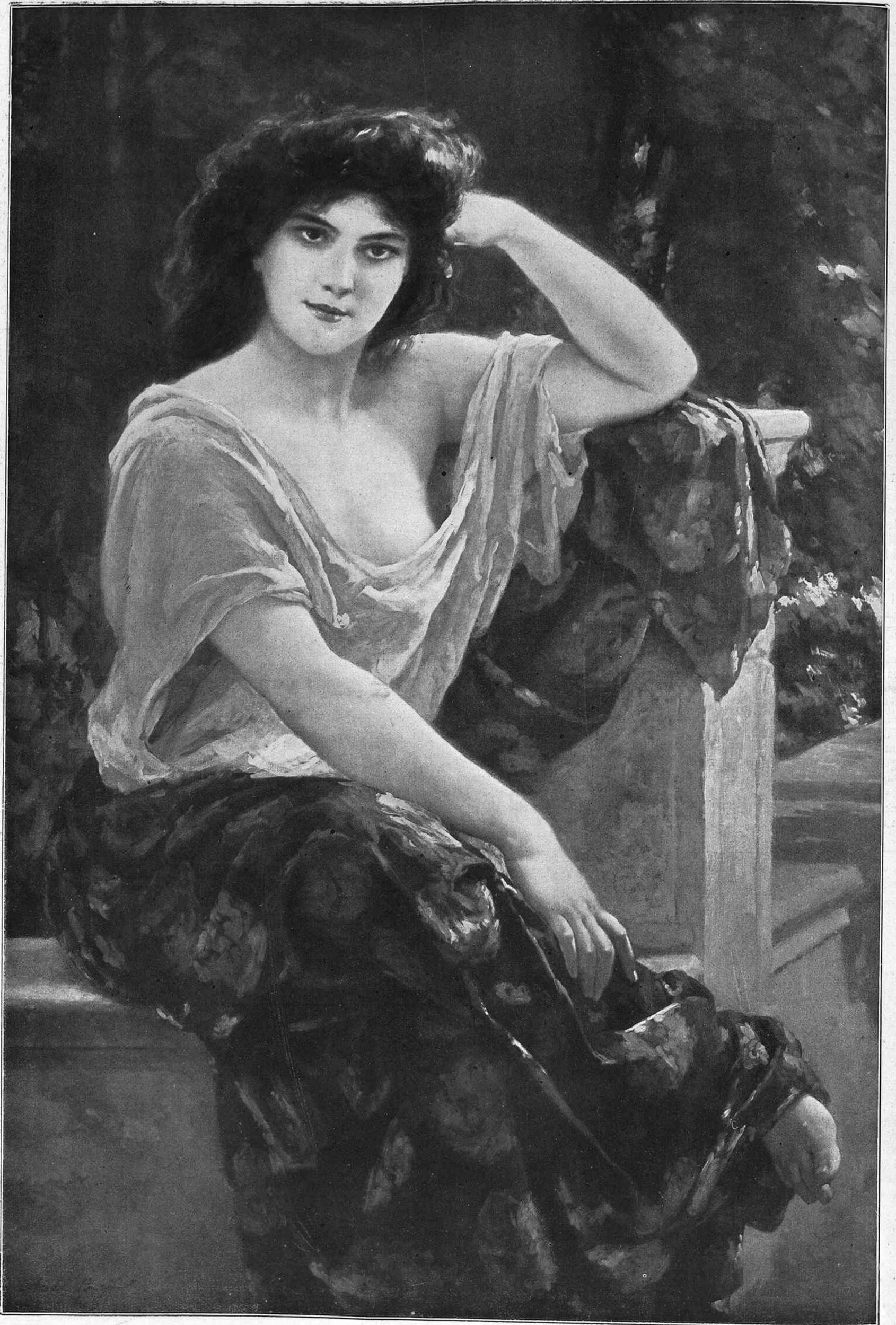
El objetivo de estas maniobras es principalmente evitar el desembarco de un ejército enemigo en las costas del mar Báltico.—S.



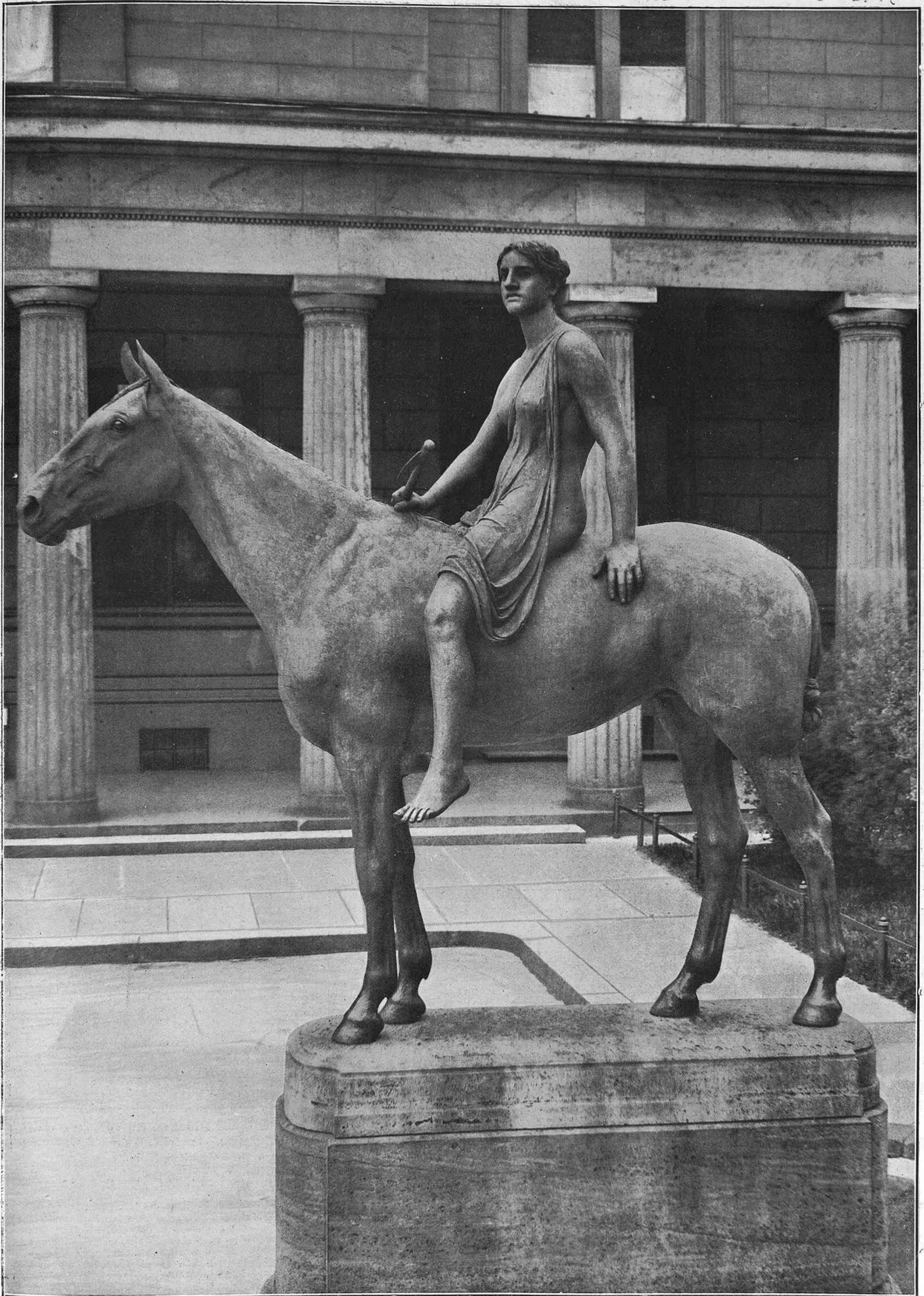
El príncipe heredero de Alemania (x) en las maniobras



Sección de caballería practicando un reconocimiento. (Fotografías de C. Delius.)



ENSUEÑOS, cuadro de A. Boyé

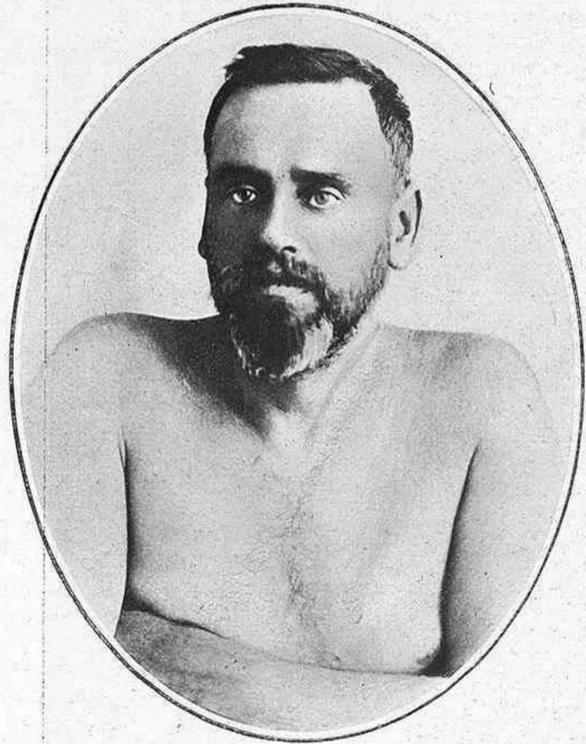


AMAZONA, escultura de Luis Touaillón, premiada con medallas de oro en Berlín, Dresde y París

EL NADADOR BURGESS

Los más hábiles nadadores del mundo han intentado innumerables veces efectuar á nado la travesía del canal de la Mancha, pero únicamente el capitán Webb había podido realizar tal hazaña en 21 de agosto de 1875, recorriendo el trayecto de Douvres á Calais en 21 horas y 45 minutos.

Después de treinta y seis años, durante los cuales han fracasado centenares de tentativas, ha repetido la proeza del capitán Webb el nadador inglés Guillermo Tomás Burgess, quien salió de Douvres el día 5 de este mes á las 10 y 50 de la mañana y tomó tierra en la costa francesa, cerca de Wisant, al día siguiente á las 9 y 50. Había nadado veintitrés horas consecutivas para salvar la distancia de treinta y tres kilómetros que separa ambas orillas; pero en realidad la extensión recorrida es mucho mayor, porque precisamente la dificultad de esta travesía está en la multitud de corrientes que reinan en el estrecho y que desvían á los nadadores de su ruta,



El nadador Burgess, que recientemente ha efectuado la travesía del canal de la Mancha á nado en 23 horas. (De fotografía de Carlos Delius.)

obligándoles muchas veces á renunciar á la prueba cuando ya les falta poco para terminarla.

Una canoa automóvil siguió á Burgess durante la travesía, facilitándole de cuando en cuando sus tripulantes alimentos líquidos concentrados. El nadador llegó al término de la prueba poco menos que extenuado.

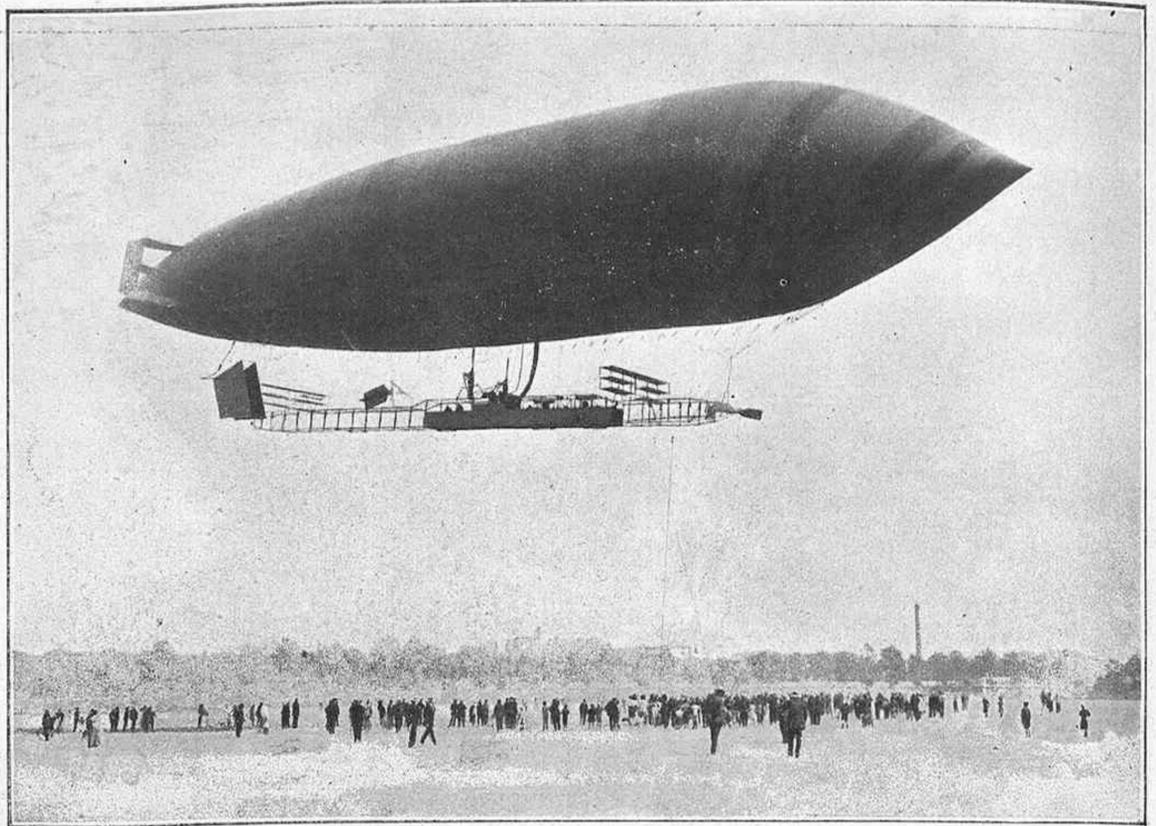
Burgess cuenta en la actualidad treinta y ocho años, y lleva ganados muchos premios y campeonatos de natación. Es oriundo de Inglaterra, pero hace veintitrés años que está establecido en Francia. Su última hazaña ha causado gran emoción en todos los centros atléticos.

DERRUMBAMIENTO DE UN EDIFICIO EN NIZA

En la mañana del día 8 ocurrió en Niza un terrible accidente que ocasionó veinte muertos y veintitantos heridos.



Niza.—Derrumbamiento de un edificio en construcción que ocasionó veinte muertos y veintitantos heridos. (De fotografía de M. Rol.)



El nuevo dirigible militar francés «Adjudant-Reau» que recientemente ha efectuado sus pruebas con éxito completo. (De fotografía de M. Rol.)

La empresa del teatro Eldorado hace construir actualmente un nuevo cuerpo de edificio destinado á restaurar, el techo de cuyo primer piso era de cemento armado; hacía poco que se habían quitado las cimbras que sostenían este techo. En la citada mañana, hallábanse trabajando allí sesenta obreros, cuando de pronto se oyó un gran crujido é inmediatamente, sin dar tiempo para que los trabajadores huyeran, hundióse el techo con estrépito formidable, sepultando á aquellos infelices entre los escombros.

Organizáronse en seguida los trabajos de salvamento, que fueron difícilísimos, pues los hierros que constituían la armazón de los techos formaban como una red metálica inextricable. Al fin, después de grandes esfuerzos, pudieron ser extraídos los heridos y los muertos.

La catástrofe se atribuye al hecho de haber sido retiradas las cimbras antes de que el cemento armado estuviera enteramente seco.

EL NUEVO DIRIGIBLE MILITAR FRANCÉS

«ADJUDANT-REAU»

Este dirigible, construído en los célebres talleres «Astra» que con tanto acierto dirige el Sr. Surcouf, efectuó el día 8 de los corrientes su primera salida oficial.

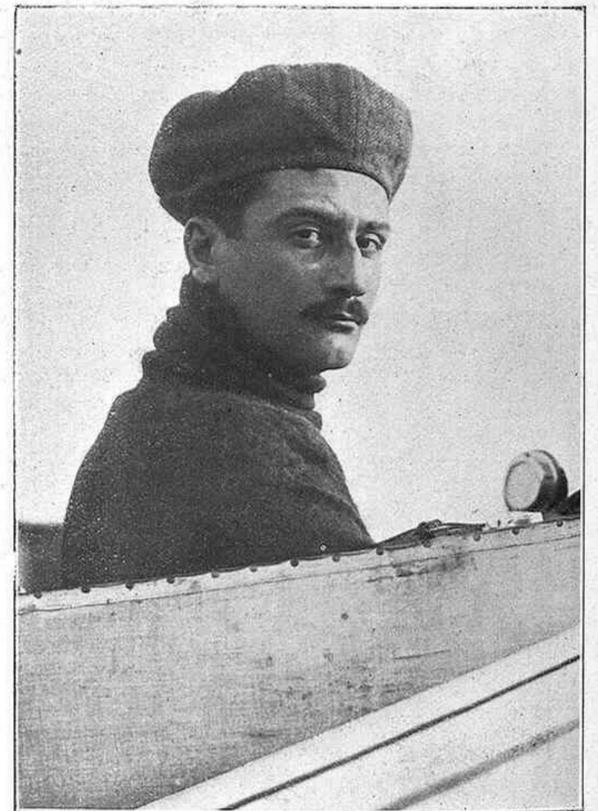
El nuevo crucero aéreo salió del cobertizo que la sociedad «Astra» tiene en Issy les-Moulineaux á las 9 y 20 pilotado por el Sr. Cohen y se elevó majestuosamente en los aires llevando á bordo á los representantes oficiales del ministerio de la Guerra, en número de ocho, entre ellos el teniente Cossin, que dirigía la maniobra.

El «Adjudant-Reau» evolucionó por encima de Vanves, Clamart, Billancourt, Sevres, bosque de Bolonia, Auteuil y París, y después de varias maniobras, aterrizó felizmente cerca de su cobertizo á las 10 y 15. La velocidad alcanzada fué de 55 kilómetros por hora.

Por la tarde realizó una nueva prueba de 45 minutos, con el mismo buen éxito que la de la mañana.

Esta nueva unidad de la flota aérea francesa, la más importante de las construídas en Francia hasta el presente, tiene una longitud de 94 metros, desplaza 9.300 metros cúbicos, lleva dos motores Brasier de 120 caballos de fuerza cada uno y está dotado de varios perfeccionamientos y aparatos nuevos. La barquilla mide 45 metros de largo.

En sus viajes de prueba ha demostrado cualidades de estabilidad, de velocidad y de manejabilidad no alcanzadas por ninguno de sus predecesores.



El aviador Rolando Garrós, que el día 4 de los corrientes ganó el record de la altura elevándose á 4.252 metros. (De fotografía de M. Rol.)

EL AVIADOR GARRÓS

El record de la altura, que había ganado el 5 de agosto último el capitán Félix, elevándose en Etampes á 3.400 metros, lo ha batido el 4 de este mes el aviador Rolando Garrós, alcanzando en un monoplano Bleriot, motor Gnome, la de 4.252.

Hallándose de veraneo en Paramé, pueblo cercano á Saint-Malo, emprendió el vuelo en el aeródromo de Niels y ascendiendo rápidamente en estrechas espirales, pronto desapareció en el espacio. Una hora después reapareció y tomó tierra en uno de esos descensos vertiginosos que constituyen su especialidad. Los delegados oficiales del Aero-Club de Francia pudieron comprobar en el barómetro la citada altura de 4.252 metros, es decir, 560 menos que la del Monte Blanco.

Garrós fué aclamado y llevado en triunfo por los que habían presenciado su proeza.

LA COLECCIONADORA

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN)

—Hay para sentirse sobrecogido en su presencia, tan grandiosa, es, sí, tan grandiosa como..., «el rey de los Espantos!» Si yo no fuese un fracasado, el más triste de los fracasados y de los perezosos, habría hecho esto, nada más que esto, hasta morir de gusto haciéndolo.

Y Carlos Jorge era de su opinión; hijo del París lamentable, concebía la *Iliada* y la Biblia del mismo y pensaba que, de tener tiempo disponible, iría allí á tomar dibujos salvajes y pacientes, dibujos hechos para el buril de punta seca...

Aquel paseo, dado en plena fiebre y fantasmagoría, le calmaba; la acción se atenúa, se aniebla, parecía más benigna y más lejana. Entró en una taberna de la que salían olores fuertes y en la que le sirvieron un solomillo á la bordelesa, excelente queso de Brie y un vinillo picante, y después de comer, aspirando el humo de su cigarro, tuvo su ensueño de esperanza y de juventud, el dulce mal del porvenir con una criatura perecedera..., pero que, no obstante, promete un poco de eternidad... Pasaba el tiempo y era preciso pasar del sueño á la realidad. Sintió un estrechamiento, llamó al mozo para pagar la cuenta y regresó á pasos lentos á París.

Las cuatro daban cuando llegó al bulevar de La Tour-Maubourg. Esperaba que la señorita Ferronnaye estaría en su casa y que, en su consecuencia, se vería él obligado á aplazar para otro día el acto proyectado; pero encontró sola á Talia á la que hizo hablar todo el tiempo que permitieron la vajilla y el agua caliente... Al fin vióse solo y aquel momento fué para él mucho menos terrible de lo que se había imaginado.

Abrió el mueble, como había hecho ya en su precedente visita, y cogió el testamento; pero entonces asaltóle una duda.

¿Debía llevárselo desde luego ó dejarlo todavía allí hasta haber trabajado algún tiempo más en su grabado?

Esta segunda solución le parecía preferible, tanto más cuanto que, en el fondo, esperaba aún que un obstáculo cualquiera le impediría, á última hora, obrar, y se disponía á dejar el testamento en su sitio, cuando un crujido le hizo estremecerse.

Con un movimiento rápido cerró el bufete y metió el testamento en su cartera.

La hora que pasó fué espantosa; la idea ó más bien la sensación de que el documento estaba allí, de que había sido robado y de que se hallaba al alcance de quienquiera que entrase en el salón le crispaba los nervios. Y otra idea obsesionante, además, le torturaba, bañaba en sudor sus sienas y á intervalos envaraba sus mandíbulas en una tensión de tétanos, la idea de que podría desmayarse y ser trasladado á otra habitación ó á su casa, mientras la cartera se quedaría allí.

Al cabo de un rato sintió una verdadera alucinación; érale imposible sostener su buril y con los ojos fijos miraba en la azulada esfera de un reloj cómo se movían lentamente las agujas... A cada momento se levantaba para huir, pero luego comprendía que

la fuga era imposible que era menester estar por lo menos una hora en aquel intolerable salón. Entonces volvía á sentarse y movía maquinalmente su bu-

cióle que las tenía de acero. Comprendiendo que en un ómnibus se encontraría febril y violento, corrió á pie á casa de Ferronnaye.

Éste, que le esperaba, llevóle inmediatamente á sudespacho, cerró la puerta con llave y le preguntó:

—¿Lo tiene usted?

—Lo tengo.

Fué aquel un minuto formidable para los dos, el momento de la complicidad definitiva, concreta. El editor respiró profundamente; sus mejillas tenían el color de muro viejo y sus ojos vacilaban; después se sonrió estúpidamente. Pero en aquel hombre de reacciones rápidas, no tardó en reaparecer la vida normal y su segunda sonrisa transigió con todo, y casi fué placentera.

—Nadie vendrá á estorbarnos hasta la hora de la comida, dijo; he dado para ello las órdenes oportunas... Veamos el documento.

Carlos Jorge lo sacó de la cartera y se lo entregó. Era un sobre vulgar, bastante recio y algo amarilleado por el tiempo; en él se leía: «ESTE ES MI TESTAMENTO,» y debajo una firma: «Isabel Ferronnaye».

—Vamos á abrir esto por el procedimiento clásico del vapor, murmuró Antonio; lo tengo todo preparado.

Encendió una lámpara de alcohol, puso á calentar en ella una cazuela de níquel llena de agua y dispuso un aparato con cremallera y una pinza en el que suspendió el sobre.

Transcurrieron unos quince minutos, durante los cuales se cruzaron entre aquellos dos hombres muy pocas palabras. Carlos Jorge permanecía melancólico pero Ferronnaye había tomado resueltamente su partido y sentía, después del disgusto de la complicidad, aquella especie de bienestar que produce cuando es de buen temple.

—Amigo Laty, dijo cuando el vapor comenzó á lamer

el sobre; hétenos amigos en la vida y en la muerte... Es usted mi hijo... Sé que todo lo que ha hecho usted en esta ocasión lo ha hecho sólo por mí... Su acción es, pues, perfectamente noble; puede usted creerlo porque se lo dice quien conoce á fondo los hombres. Además es excelente en sí misma, porque la injusticia era demasiado irritante; por otra parte, no podemos ahora dudar de su locura.

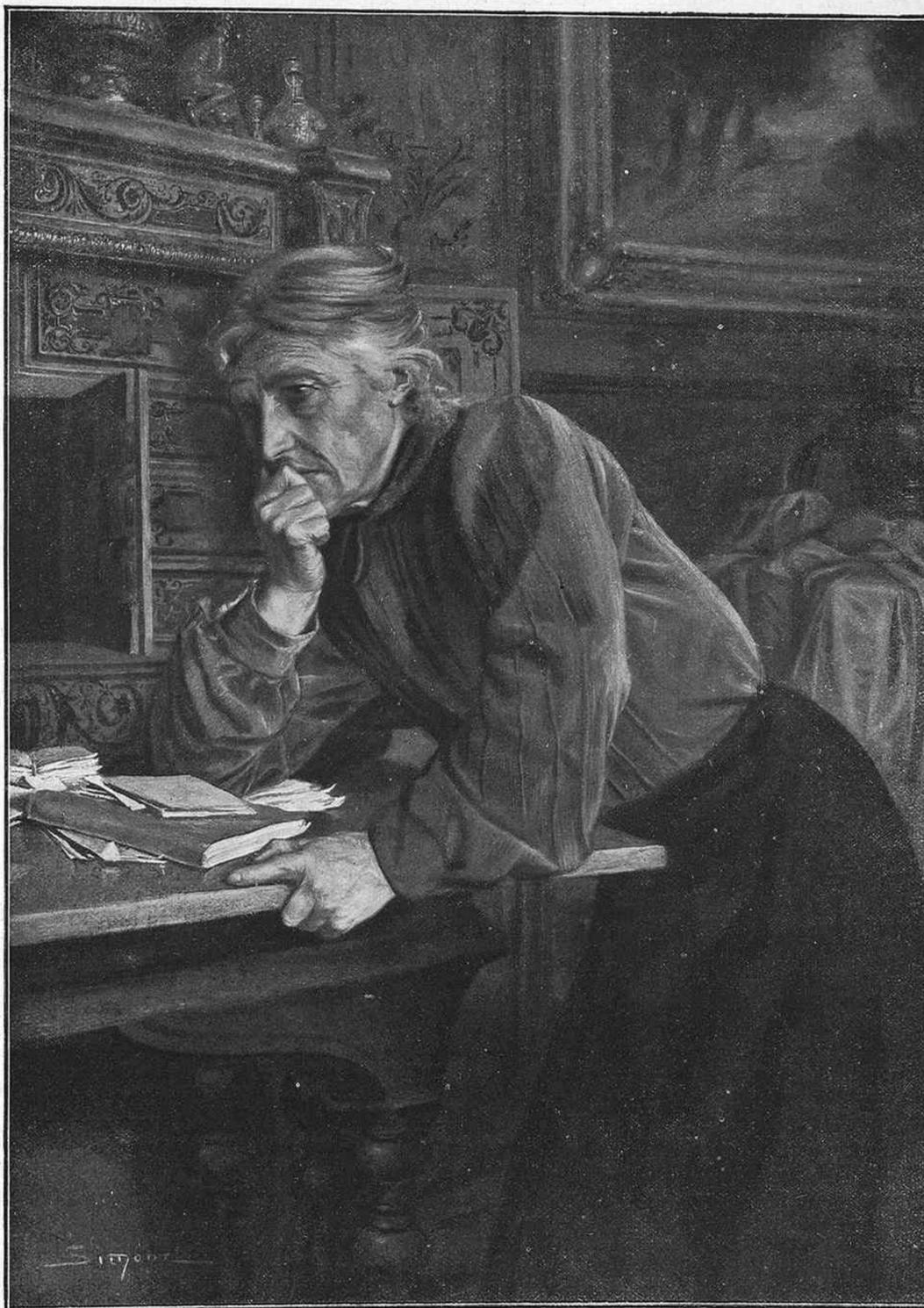
El vapor salía con fuerza y poco á poco bajaba en la cazuela el nivel del líquido.

—Ya debe de estar á punto, dijo Ferronnaye consultando su reloj.

Quitó el aparato de cremallera, desprendió de él suavemente el sobre y lo colocó sobre un papel secante, con la cara escrita hacia abajo; luego, con infinitas precauciones, y valiéndose de una finísima hoja de acero, comenzó la operación de desencollarlo que salió perfectamente.

—¡He aquí mi sentencia!, exclamó con alguna turbación.

Era una doble hoja de papel sellado, menos viejo que el sobre y cuyos pliegues no estaban gastados; Ferronnaye lo desdobló gravemente y ante los ojos de los dos hombres apareció escrito lo siguiente:



Acodada en la mesa, hizo un esfuerzo de memoria...

ril fingiendo, ante un testigo invisible, que trabajaba. Al fin dió la hora y Carlos Jorge se levantó de un salto cogiendo con mano convulsiva su cartera.

Después pensó una vez más en lo irrevocable; mientras no saliera de allí, nada era definitivo, pues bastaba un ademán...

Sonó un campanillazo en el corredor; Carlos Jorge oyó los pasos de la solterona y rechinó la puerta; el ademán era ya imposible.

Isabel le envolvió en su mirada dura de aficionada á chucherías.

—¿Se va usted ya?

El grabador sabía perfectamente que aquella voz era la misma de siempre; estaba enteramente seguro de que la señorita Ferronnaye no tenía la menor sospecha; y sin embargo, sus nervios se contrajeron y sintió oscilar su diafragma y los músculos de su nuca.

—Sí, respondió en voz débil, me voy..., no me siento dispuesto para el trabajo.

La anciana le despidió con un movimiento de cabeza.

Cuando estuvo en la calle, flaqueáronle al pronto las piernas; pero luego sobrevino la reacción y pare-

«Yo, abajo firmada, Paulina Francisca Isabel Ferronnaye, sana de cuerpo y de espíritu, declaro legar todos mis bienes, muebles é inmuebles, al Estado francés. Estos bienes consisten principalmente:

»1.º En una colección de obras de arte, cuadros, dibujos, esculturas, muebles antiguos y modernos, jarrones, figuritas, objetos labrados de oro y plata, etc., etcétera, cuyo catálogo detallado y al día se encontrará entre mis papeles de familia;

»2.º En una cantidad de trescientos mil francos en obligaciones del Estado;

»3.º En mi casa de París, situada en el bulevar de La Tour-Maubourg;

»4.º En mi pequeña hacienda, llamada la casa Carrera, situada en el pueblo de Colombey.

»El Estado dispondrá libremente de estos bienes; creo inútil formular el deseo de que conserve los objetos que componen mi colección y los distribuya en sus museos, pues es imposible que se adopte otra decisión.

»Este legado lleva consigo la obligación para el Estado de pasar una renta vitalicia de dos mil francos, que no podrá ser cedida ni embargada, á mi sobrino Felipe Pedro Antonio Ferronnaye.

»En París, á diez y seis de febrero de mil ochocientos noventa y uno.

»PAULINA FRANCISCA ISABEL FERRONNAYE.»

—¡Vieja canalla!, gruñó Ferronnaye que se había puesto rojo de rabia. ¡Hasta trescientos mil francos líquidos que yo no le suponía! En cuanto á las obras de arte, había aún una especie de motivo..., idiota..., pero concebible... Mas los trescientos mil francos y sus casas ¡esto es pura ferocidad!

—Es verdad..., es maldad gratuita, murmuró Laty á quien la estructura especial de su alma no permitía concebir una acción como aquella.

Permanecieron unos minutos silenciosos meditando; Laty soñaba, Ferronnaye reflexionaba. Al fin este último dijo:

—Ahora va usted á hacerme un solo favor..., si es posible; dejar nuevamente en su sitio ese testamento la primera vez que vuelva usted á casa de mi tía.

Y viendo que Carlos Jorge le miraba indeciso, añadió:

—¿No es lo convenido? Conservarlo en nuestro poder sería el colmo de la tontería. Si mi tía no ha abierto nunca ese documento póstumo, en cambio es seguro que lo ha mirado muchas veces... Si no lo encuentra en su sitio, todo está perdido ó comprometido cuando menos. Indudablemente un nuevo testamento podría ser atacable por varios conceptos..., pero ¿quién puede responder del fallo de un tribunal? Por el contrario, si lo encuentra allí ¿por qué habría de abrirlo? Bastará, pues, escamotear el documento. La infancia del arte consistiría en poner un pliego de papel blanco en lugar del documento venenoso; pero yo tengo algo mejor que esto.

Y royéndose la uña del pulgar, añadió:

—¡Sí, algo mejor que esto!.. La casualidad, ó mejor un recuerdo, me ha proporcionado una combinación bastante singular... ¿No ha oído usted hablar nunca del *penicillum glaucum*?

Laty encogió las cejas con aire de ignorancia.

—Es el nombre de un microbio, padre de una de las innumerables enfermedades del papel, una enfermedad muy rara y sólo conocida por algunos sabios tenebrosos. Ese piojo se alimenta del papel, lo descompone por medio de un jugo especial..., una especie de jugo digestivo particular, denominado ácido de Wehrin, del nombre de su descubridor... Pues bien, hace algunos años, las circunstancias me hicieron conocer á un sabio bondadoso que se ocupaba exclusivamente en las enfermedades del papel... Me había cobrado afecto y me comunicaba algunas recetas para poner el papel de mis libros al abrigo de los males que lo devastan..., y un día se dejó en mi casa un frasquito de ácido de Wehrin... Mi amigo murió antes de que yo pudiera restituírselo... Si no entendí mal las explicaciones de aquel sabio, podremos dejar el testamento en tal estado que resulte imposible de descifrar... Si después de esto mi tía Isabel tiene el antojo de volver á mirar su autógrafo, se encontrará con un documento roído y manchado de un moho tan natural, que atribuirá aquellos estragos al moho..., y escribirá de nuevo sus voluntades sin sospechar de nadie.

Aquella idea le hizo reír, pensando en la turbación de su tía si llegaba el caso por él previsto.

Abrió un armario con estantes, en donde guardaba toda clase de productos raros, pues en otro tiempo también se había dedicado á la química para buscar procedimientos de ilustración, y sacó de él un frasco piriforme, lleno en sus tres cuartas partes de un licor granate.

—¡Aquí está!.. Comencemos por recortar las frases

perjudiciales..., la firma, la fecha, mi nombre y el del Estado..., y luego algo á capricho.

A medida que hablaba iba recortando el documento con unas tijeras, y cuando hubo concluido, dijo: —¡Ahora el ácido de Wehrin!.. Vamos á ver si mi viejo amigo sabía lo que traía entre manos.

Derramó lentamente el licor en un platito y después con un pincel metálico frotó de un modo desigual los bordes de los sitios recortados, hecho lo cual echó al azar algunas gotas en otros trozos del documento, y finalmente mojó en el licor los pedazos recortados y los puso á secar en otro platito.

—Dentro de diez minutos todo estará listo.

A simple vista, las partes del papel mojadas tomaron un tinte amarillo que poco á poco se volvía verde, adquiriendo el aspecto del moho. Ferronnaye se frotaba las manos y no cabía en sí de contento y el mismo Laty se divertía extrañamente con aquella metamorfosis.

—¡Magnífico!, exclamó el librero..., esos bordes de color verde, esas manchitas..., ¡todo parece natural! Diríase que el *penicillum* ha estado trabajando aquí varios años... Ahora el polvo...

—¿Qué polvo?, preguntó ingenuamente Laty.

—¡El de los fragmentos, pardiez!.. Mire usted lo que ha hecho de ellos el ácido de Wehrin... Vamos á sembrar este polvo en el sitio de los agujeros... Y ahora, apuesto que el perito más hábil es incapaz de ver en esto una obra intencionada.

En efecto, el testamento tenía todo el aspecto de un papel roído normalmente por parásitos. Antes de volver á doblarlo, Ferronnaye quiso leer nuevamente lo que quedaba del texto:

«... Isabel Ferronnaye, sana de cuerpo y de espíritu, declaro... sisten principalmente:

»1.º En una colección de obras de arte, cuadros, dibujos esculturas, muebles antiguos y modernos, jarrones, figuritas, objetos labrados de oro y plata, etc., etcétera, cuyo cat. de familia.

»2.º En una. obligaciones

»3.º En mi casa de París situada en el bulevar de La Tour-Maubourg;

»4.º En mi pequeña hacienda llamada. ada en el pueblo de Colombey.

» libremente.

» es imposible que se adopte otra decisión.

» dida ni embargada.

»En París, á diez y seis de feb.

»PAULINA FRANCISCA IS.»

—Aunque el diablo se mezcle en ello, desafío al más sagaz á adivinar este misterio, tanto más cuanto que yo voy á destruir ese precioso frasquito y usted, Laty, va á hacer desaparecer todas sus herramientas de cerrajero.

Doblo de nuevo el testamento, lo metió en el sobre y cerró éste, después de lo cual examinó minuciosamente su obra. El sobre no presentaba señal alguna; quizás los bordes engomados tenían un tono más oscuro que antes y estaban ligeramente arrugados, pero era tan poca cosa que sólo podían notarla los ojos del mismo que había metamorfoseado el documento.

—Mi querido amigo, en realidad no corremos más que un peligro..., que de aquí á la semana que viene se le ocurra á mi tía explorar su Boule... Son ocho malos días que hemos de pasar... Y aun es muy poco probable que sospeche de nosotros..., ó mejor dicho de mí, porque en usted seguramente no pensará... Y si sospecha de mí..

No acabó la frase, pero su semblante expresó la decisión de la obra comenzada. Había pasado la frontera invisible, el mítico Rubicón social; el papel puesto allí le separaba del pueblo de los regulares. La jauría abstracta y terrible del Código penal aullaba detrás de él y un gesto bastaría para hacerla concreta, para convertirla en una fuerza material invencible; así lo sintió él enérgicamente; pero enérgicamente también aceptó la «Contingencia.»

VIII

Aquella noche Isabel Ferronnaye arreglaba papeles, ocupación que execraba y á la que se condenaba dos veces al año. La solterona no era ordenada; pero suplía su falta de orden pagando todas sus compras al contado y fijando un presupuesto inmutable para los gastos corrientes.

Eliminado lo imprevisto y gracias también á la es-

pecie de orden heterogéneo, pero real, de Natalia, su casa marchaba sin tropiezo.

Isabel no comprendía que pudieran examinarse papeles á la luz del día; necesitaba el círculo amari- llo de la luz de una vieja lámpara puesta sobre la mesa. Los papeles ocupaban un bufete en donde la solterona los arrojaba á medida que los recibía. Maniática en esto, como en todo, se ocupaba de ellos en un día determinado, vaciando el mueble que, aparte de los periódicos, contenía los documentos más inútiles, desde los insignificantes billetes de cita hasta los prospectos de los dentistas.

Instalada delante de una larga mesa de roble, la coleccionadora se dedicaba principalmente á destruir; lo único que conservaba eran los recibos, que exigía siempre explícitos y concretos.

Tres horas hacía que duraba la operación y poco á poco el montón enorme del principio se había convertido en algunos pequeños fajos blanquicosos; al fin quedó terminada y la señorita Ferronnaye, después de dar un gran suspiro de satisfacción, contempló la cesta de los papeles rotos y murmuró:

«He aquí la moral de todo lo que en el mundo sucede... Después de mil esfuerzos..., total unos cuantos recibos.»

Colocó cuidadosamente su cosecha en un antiguo cofre en donde otros recibos amarilleaban en compañía de los papeles de familia y de algunos contratos y luego se dirigió al salón grande con el propósito de poner en limpio una especie de catálogo de su colección.

Una vez allí, se puso á meditar. Sentada en medio de cien obras maestras, de las cuales sólo percibía algunos fragmentos á los que llegaba la luz amarilla, se dedicó á recapitular recuerdos. Recuerdos que, por cierto, nada tenían de tiernos, pues aun sumergiéndose en el fondo de su infancia, encontraba un alma desconfiada, ágil y astuta, un alma sensible á la belleza, pero solamente á la belleza de las obras humanas.

Isabel no había acaso sentido jamás el delicioso estremecimiento del alma rozada por una de esas armonías que pasan en un soplo de aire, bañan la corola de una flor, descienden con el fresco oxígeno de un follaje, ó se difunden en una nube. No podía, sin embargo, abstraerse al ambiente desde el momento en que lo reconocía con voluptuosidad en una obra de arte, voluptuosidad seca, fibrosa, por decirlo así, pero voluptuosidad al fin y al cabo y que la acaparaba por entero.

Pero sólo amaba una obra de arte si podía esperar que llegaría á ser suya. Conocía los museos, mas las horas que en ellos pasaba no eran alegres, sino que eran horas de envidia, casi de rabia; había allí cuadros y estatuas que ella odiaba, como un conquistador puede odiar á un pueblo del que sabe que no ha de caer en su poder.

Su familia, sus amigos eran esas cosas brillantes que la envolvían en la penumbra; viéndolas en torno suyo, sintió una especie de enternecimiento árido y recordó las batallas que le habían costado, las horas de áspera victoria. Emocionábanla sobre todo los recuerdos de descubrimientos inesperados: la obra maestra oculta bajo una costra, encontrada en medio de trastos desordenados, en un montón de mamarrachos ó de objetos inútiles. Un descubrimiento de aquéllos era para ella lo que puede ser la revelación brusca de un amor ó el delicioso instante en que un general ve huir el ejército enemigo... En cuanto á los seres vivientes, no los había conocido más que en forma de obstáculos; ni vencidos los experimentaba una alegría positiva. Nada le importaban; lo que veía en ellos era el cuadro, la chuchería, la obra cincelada, no era siquiera esa rivalidad que hace que dos coleccionadores existan el uno para el otro fuera de las obras que se disputan..

Isabel no sentía disgusto alguno de aquella existencia fuera de la humanidad y no se consideraba como un ser excepcional; la vida no se le aparecía como un encadenamiento de seres y le era tan indiferente no haber compartido las extrañas emociones de la multitud como puede serlo á cualquiera de nosotros el no haber vivido en Júpiter ó en Saturno.

No obstante, aquella noche sobrecogióla cierto temor; el frío contrájole los omoplatos y, como por atavismo, pensó vagamente en su padre, en su madre y hasta en aquel Felipe Ferronnaye á quien siempre había mirado como su peor enemigo. No fué enternecimiento lo que sintió; fué la obscura impresión de que hubiera podido vivir otra existencia y que acaso su vida habría sido más completa; fué también el vago temor de la vejez próxima, la sofocación que el vasto mundo hacía pesar sobre un cuerpo caduco, frágil, retardado.

«¡Una póliza de seguros contra la decrepitud!, murmuró con impaciencia... Si tuviese hijos el día de mi

muerte sería para ellos un día de fiesta. ¡Muchas gracias! La vida es vil, feroz é infame... Bien lo vieron los que decretaron el celibato y la clausura. Si hubiese tenido creencias, habría sido monja; como no las tengo he hecho de *eso* mi culto.»

Y levantando la lámpara contempló *aquello*. La luz amarilla arrancaba de todas aquellas cosas armonías frías é inmóviles; *aquello* tenía algo de cementerio en donde dormían los esfuerzos cumplidos, los ardimientos cuajados, la poesía momificada.

Aquella anciana áspera sintió un calofrío en la nuca y comprendió la antigua melancolía cuyos hermosos gritos han persistido al través del tiempo y del espacio: «El hombre nacido de la mujer vive poco; huye como una sombra que nunca subsiste en el mismo estado... ¡Año por un camino por el que jamás volveré!.. Vuelven á la tierra y todos sus pensamientos vanos perecen... Mis días se han disipado como el humo; mis huesos han caído en polvo... Ella ha pasado como la hierba de los campos; esta mañana florecía en su gracia; por la tarde la hemos visto seca.»

Por aquel cerebro árido pasó una pálida semejanza de aquella tristeza solemne. Isabel suspiró; pero pronto sacudió el desaliento. Había pasado toda su vida aceptando la muerte, á pesar de que la temía en extremo y de que no quería que de ella se hablase en su presencia.

Con paso rígido acercóse al mueble de Boule, lo abrió y sacando de un cajón especial el catálogo, tomó una pluma, añadió, consultando un librito de memorias, sus adquisiciones del último semestre y borró los objetos cambiados por otros. Hecho esto disponíase á cerrar el bufete cuando se le ocurrió pensar en su testamento, en el que jamás pensaba, porque era aquel un asunto resuelto una vez para siempre como la hora de levantarse y la de las comidas. El día en que lo redactó no hubo de adoptar decisión alguna; hacía tiempo que lo tenía redactado en su mente. Mas sea como fuere, un capricho de su espíritu le hizo pensar en él; maquinalmente alargó la mano al compartimiento en donde lo había dejado junto á algunos antiguos recuerdos y maquinalmente también quedóse sorprendida de no encontrarlo.

«¡Diantre, diantre!» refunfuñó.

Sus dedos huesudos registraron el compartimiento y lo vaciaron sin encontrar lo que buscaba.

«¡Qué extraño!» murmuró.

Acodada en la mesa, hizo un esfuerzo de memoria preguntándose si por casualidad ella misma lo habría cambiado de sitio. Era esto improbable, si no imposible, pues aunque pecaba de desordenada, poseía una memoria excelente en cuanto á «espacio» y cuando un objeto tenía alguna importancia, por poca que fuese, se acordaba siempre de dónde lo había puesto. Además el sitio del testamento era, por decirlo así, de fundación y la idea de colocarlo en otra parte sólo habría podido tenerla Isabel después de pensarlo mucho y por un motivo grave.

«Voluntariamente no lo he sacado de aquí,» afirmó.

Pero de pronto acordóse de su «ataque» y en este punto había una pequeña laguna en su memoria. Por lo que oyera decir á Natalia, sabía que había olvidado algunos hechos inmediatamente anteriores á la crisis. ¿Habría tocado en aquellos minutos el testamento?

De ser así, ya no podría fiarse *enteramente* de sí misma. Esta idea la consternó, pero en seguida comprendió que esta hipótesis era poco probable. En efecto, no había caído en el salón sino en su cuarto de labor y poco después de haber vuelto de la calle. Para salir de dudas pensó que lo mejor era interrogar á Natalia.

Hasta entonces no había abrigado la menor sospecha, con todo y ser extremadamente desconfiada no sólo por temperamento sino también á consecuencia de sus astutas luchas de coleccionadora. ¿Era verosímil que fueran á robar un papel inútil en una casa en donde tantas cosas preciosas podían ser sustraídas?

Esta pregunta le hizo pensar en Ferronnaye; únicamente él podía tener interés en suprimir aquel documento y era el único además que conocía la existencia del mismo.

Sobre este nuevo problema meditó un rato; pero aun cuando tenía á su sobrino por un hombre equívoco, sin una lealtad arraigada y medianamente escrupuloso, no pudo convencerse de que fuera capaz de forzar un bufete y robar un testamento. Abandonaba ya esa sospecha, cuando se acordó de aquella visita inesperada, extraña, que Antonio le había hecho después de la escena en que ella le había revelado la exheredación, Ferronnaye se había presentado antes de lo que acostumbraba y le había esperado en el salón.

«Perfectamente, murmuró Isabel; pero ¿qué puede salir ganando en ello? Mi sobrino es hombre inteligente y ha de suponer que de cuando en cuando doy un vistazo á mis papeles y que tal subterfugio no podía pasarme inadvertida. Y como no tengo más que rehacer mi testamento, sería exponerse á graves riesgos para no conseguir nada... Todo esto es quimérico.»

Dejó provisionalmente á un lado sus sospechas y escudriñó así el bufete como los demás muebles en donde guardaba papelotes, y no habiendo encontrado lo que buscaba, se acostó inquieta. A la mañana siguiente, antes de interrogar á Talía, examinó de nuevo el bufete; pero su búsqueda fué vana como lo había sido la de la vispera.

Isabel había recobrado su frialdad de alma; no sentía emoción, ni siquiera inquietud, sino una curiosidad análoga á la que la hacía huir en los rincones en donde husmeaba una obra maestra. En cuanto á la indignación contra el ladrón posible, tal sentimiento era del todo extraño en ella; habiéndose propuesto de una vez para siempre no estimar á nadie, no era capaz de contradecirse hasta el punto de desestimar á alguien, fuese quien fuese.

Sus procedimientos de evaluación se ajustaban á las matemáticas y al propio tiempo á la animalidad, y con perfecta sangre fría aforaba la dosis de energía, de inteligencia, de veracidad, de valor y de pusilanimidad de las personas, y no daba á éstas, por tener tales cualidades, más mérito que el que atribuimos á una legumbre, á un mineral ó á un cuadro.

Llamó á su criada y con su brusquedad soldadesca le dijo:

—¿Se acuerda usted bien de la hora en que tuve mi ligero desvanecimiento?

—¡Su ligero desvanecimiento!.. La señorita no ha tenido nunca desvanecimientos.

—Bueno, mi desmayo, lo mismo da.

—Lo que tuvo la señorita fué un ataque... La señorita estaba morada... Fué á eso de las cinco... La señorita acababa de llegar de la calle... y yo estaba lavando los platos cuando oí que se caía una silla...

—¿Está usted segura de que acababa yo de llegar de la calle?

—No hacía ni diez minutos..., precisamente yo había mirado el reloj..., y de ello he hablado después varias veces...

—Piénselo usted bien; su memoria no es muy buena...

—Es posible, repuso la criada un tanto ofendida... Tal vez las hay mejores... Pero cuando sucede una desgracia, ó algo que me impresiona..., lo que es estas cosas se quedan clavadas aquí...

—¿Estuve en el salón antes del accidente?

—La señorita no puso los pies en él, estoy de ello segura.

—Gracias, puede usted retirarse.

«¡El tornillo que se le va aflojando!» pensó Natalia mientras Isabel seguía formulándose hipótesis.

«¿Será que el bufete quedó por casualidad abierto?.. En este caso Antonio habría podido ceder á una tentación repentina... Pero que haya preparado el golpe, no acabó de creerlo en un individuo de mi familia.»

Quince días estuvo dándole vueltas al problema sin hallarle solución; después, poco á poco, «clasificó» el asunto y ya no pensaba en él horas enteras, si bien de pronto sentía momentáneamente reavivada su curiosidad. Una tarde, al volver á su casa, experimentó una de esas exacerpciones en el instante de pasar por delante del bufete é instintivamente cogió su manojo de llaves y abrió el mueble. Después de un minuto de registrar, quedóse estupefacta: delante de ella estaba el testamento.

Esta vez turbóse de verdad, sus omoplatos se estremecieron y se preguntó si realmente desde su desvanecimiento tendría ausencias de memoria ó alucinaciones. Daba vueltas al sobre, lo palpaba con una especie de fiebre y lo examinaba por todos lados sin descubrir en él nada sospechoso. Mientras estaba haciendo estas manipulaciones, Talía le anunció la llegada de Carlos Jorge. Isabel le hizo entrar sin siquiera volver á guardar el testamento; poco le importaba que el grabador viera ó no aquel documento, aparte de que ella había clasificado al muchacho entre los inofensivos y las víctimas, y no le veía sino bajo la forma de un pobre diablo destinado á ser explotado mientras viviese. Esto hacía que Carlos Jorge tuviera, dentro de aquel cerebro seco é infinitamente fiel á las ideas preconcebidas, una fisonomía especial en la que se juntaban nociones de labor humilde, de paciencia, de debilidad, de generosidad absurda: era como una de esas estampas en las que vemos la leyenda inmutable de un Riquet del copete, de una Piel de asno ó del Gato con botas.

Y en modo alguno podía ocurrírsele la idea de que Carlos Jorge pudiera ser el comparsa de un complot, sobre todo de un complot que implicara forzamiento de cerraduras; por otra parte, no se adaptaba esto al modo cómo había concebido la leyenda de Ferronnaye, pues, aunque en rigor hubiera podido creer á éste culpable, en un momento de obcecación, de traspasar los límites de la ley, no le creía capaz de entregarse á un cómplice.

La solterona dió al recién llegado los buenos días con la aspereza de costumbre y luego reanudó la contemplación del sobre, lo que le impidió percatarse de la turbación de Laty.

El grabador vacilaba; la sangre caía en su corazón como un bloque de piedra; las orejas se le pusieron blancas y le flaquearon las piernas. Afortunadamente para él, la puerta se abrió en la parte oscura de la estancia y la mesa en donde solía trabajar estaba en el lado opuesto al del bufete. Gracias á esto pudo articular un saludo sordo que pisó inadvertido, y como la señorita Ferronnaye estuvo un rato silenciosa, pudo ponerse sobre sí.

En su fatalismo de abnegado aceptó la astucia y la mentira.

Al fin la solterona levantó la cabeza y preguntó á Carlos Jorge:

—¿Sigue usted bien?

El joven sabía que forzosamente había de estar todavía pálido, así es que contestó:

—No mucho..., me siento algo débil..., tengo una especie de desvanecimiento...

—¡Ah!, exclamó Isabel mirándole. Efectivamente tiene usted mala cara.

La vaga simpatía que el joven le inspiraba pareció concretarse por virtud de una asociación de ideas entre su propio desvanecimiento y el del grabador.

—¿Suele usted padecerlos?, le dijo.

—No, señora; si no me equivoco, esta es la primera vez...

—Trabaja usted positivamente demasiado... A su edad no se deben tener desvanecimientos... Esto es, á lo sumo, disculpable en una vieja como yo.

La señorita Ferronnaye continuaba sordamente inquieta, hipnotizada por el «problema del testamento»; tanto, que á pesar de no haber hecho en su vida una confidencia á nadie, sintió la necesidad de hablar de *aquello*. Lo que le importaba, en el fondo, era tranquilizarse respecto de sí misma, no descubrir una maquinación. Aparte de sus compras y de sus ventas, eran tan raros los casos en que tenía un deseo, que no había aprendido á violentarse. No por disciplina, sino por gusto, había llevado una existencia dura, rapaz y fría; no le gustaba más que lo que hacía y de aquí que lo hiciera con una energía automática, que podía dar la ilusión de un programa. Era como esas personas ancianas que se levantan temprano, no por higiene, sino porque, después de haber permanecido varias horas en posición horizontal, se encuentran mucho mejor de pie que acostados.

Contempló más fijamente á Carlos Jorge y su semblante le pareció ser el de un buen confidente. Por esto le preguntó *ex abrupto*:

—¿Le ha sucedido á usted alguna vez buscar..., pero buscar *cuidadosamente* un objeto sin dar con él y encontrarlo después en el mismo sitio en donde lo había inútilmente buscado?

La mirada penetrante del grabador escudriñó las arrugas y los ojos de la solterona, temeroso de que le tendiera un lazo; pero conservó toda su serenidad.

—¿Un objeto?, respondió... Esto depende de las dimensiones de éste y del sitio de la búsqueda. Alguna vez he perdido uno de esos pequeños instrumentos y después de haber estado largo tiempo buscándolo, me ha sucedido encontrarlo al fin en un sitio en donde había ya registrado cincuenta veces. Recuerdo que un día encontré una hoja de acero tan bien mezclada entre papeles, que nadie habría podido sospechar que estuviera allí... En otra ocasión, unas tijeras se habían escondido de un modo tan extraño en una biblioteca, que no las encontré hasta después de seis meses... En cuanto á los papeles, todo el mundo conoce su malicia, palabra que en este caso no resulta exagerada.

Isabel le escuchaba atenta, pero con gesto avinagrado.

—¿Y un paquete como éste?, preguntó.

—Depende de las circunstancias..., si está entre otros muchos papeles..., si se ha deslizado por el fondo de un cajón...

—Suponga usted que estuviera aquí, dijo Isabel colocando el sobre en el compartimiento de donde lo había sacado.

(Se continuará.)

BRIHUEGA.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO DEL ASALTO DE BRIHUEGA Y DE LA BATALLA DE VILLAVICIOSA.

Con gran solemnidad se ha celebrado en Brihuega la inauguración del monumento destinado á perpetuar la memoria de los héroes del famoso asalto de aquella población, en 9 de diciembre de 1710, y de la importante batalla de Villaviciosa, librada al día siguiente, que aseguró la corona de Castilla en las sienes de Felipe V y decidió moralmente la lucha que hacía diez años traían empeñada España y Francia contra todas las potencias de Europa.

La procesión cívica se organizó en las Casas Consistoriales, y la comitiva se puso en marcha hasta la puerta de San Felipe, donde esperaban los carruajes.

Representa esta obra, del arquitecto D. Benito Ramos, una pirámide con los escudos de la provincia y una dedicatoria á los héroes de las jornadas de Brihuega y Villaviciosa.

Luego se celebró la misa de campaña, terminando el acto con el desfile de las fuerzas, al mando del gobernador militar, general Ochoa.

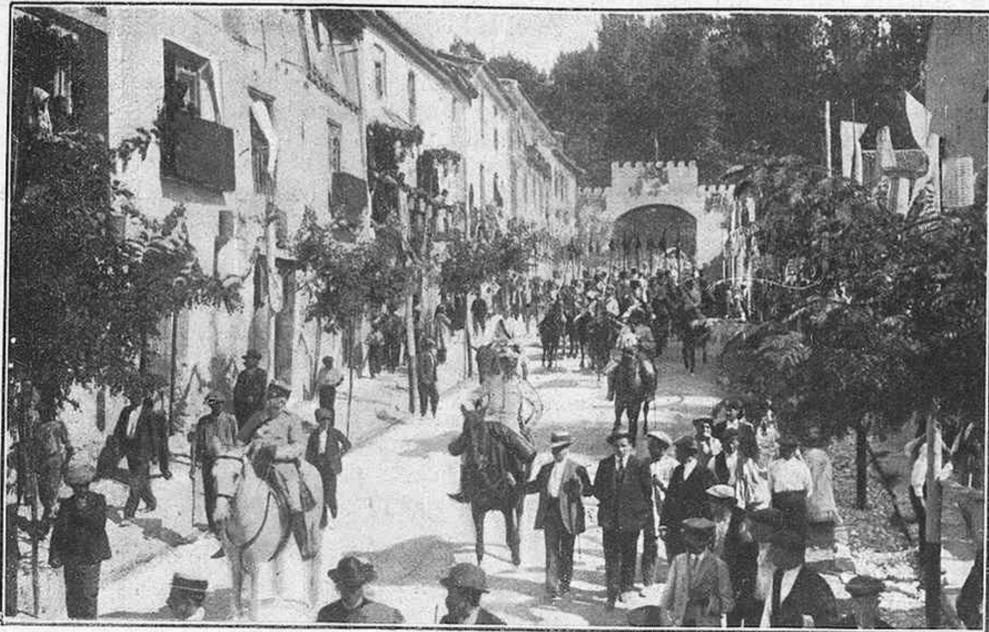
Por la tropa y el público diéronse repetidos vivas á España y al rey.

BARCELONA

LOS RESTOS DEL CORONEL IBOLEÓN

El día 9 del corriente llegaron á esta

D. Antonio Iboleón y D. José de Ozaeta, hijo é hijo político respectivamente del héroe, representantes de todas las autoridades, el general gobernador, una comisión de voluntarios catalanes de la guerra de



El monumento, obra del arquitecto D. Benito Ramos

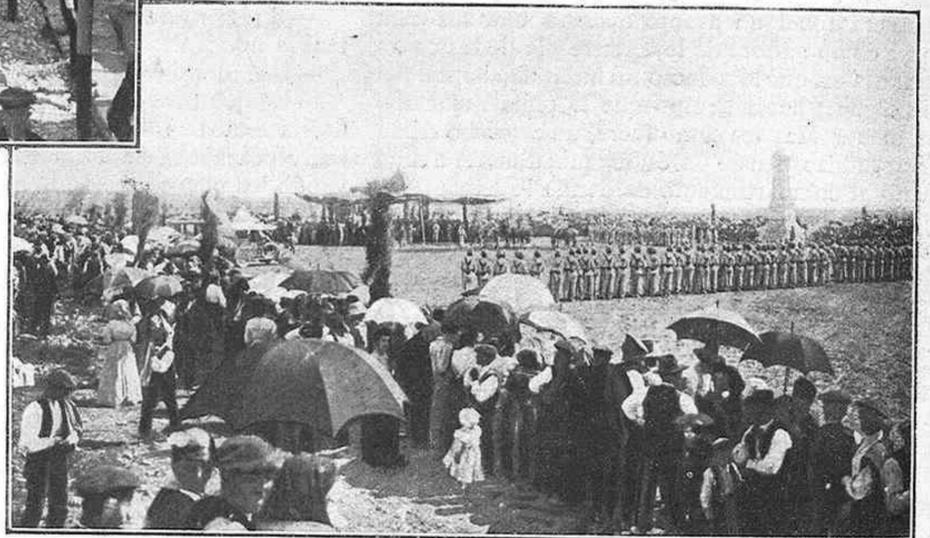
Brihuega.—Inauguración del monumento dedicado á los héroes de las jornadas de Brihuega y Villaviciosa (1710).—El general López Ochoa, gobernador militar de Guadalajara, al pasar por debajo del arco, reconstitución de la puerta de las murallas por donde efectuaron el asalto las tropas de Felipe V.

Poco antes de llegar al campamento en donde el monumento se alza volvió á organizarse la comitiva. Abrió marcha una sección de la Guardia civil; á continuación iban el general Del Río, en representación de S. M.; los gobernadores civil y militar de Guadalajara; las autoridades locales y Comisiones de los Cuerpos del Ejército, Colegio de Huérfanos, Diputación y Ayuntamiento de la capital y clero castrense.

Cerraban la marcha una compañía del regimiento del Rey, con bandera y música, y una sección de Lanceros del Príncipe.

El alcalde de Brihuega pronunció un discurso de

ciudad, traídos desde Manila en el vapor *Isla de Panay*, los restos del coronel D. Francisco Iboleón, quien en julio de 1898 murió heroicamente en Maubán (Isla de Luzón), luchando con los insurrectos filipinos. En el muelle de la Paz recibieron la urna que contenía aquellos restos y que llevaban



Vista general del campamento en el momento de la inauguración

(De fotografías de Asenjo y Salazar.)

Cuba, los generales con mando en la plaza, los coroneles de todos los cuerpos de la guarnición, comisiones de cada uno de éstos y un numeroso público.

Después de rezado un responso en la parroquia de San José, despidióse el duelo junto al monumento de Colón, haciendo las descargas de ordenanza fuerzas del regimiento de Vergara.

Los restos del coronel Iboleón fueron inhumados en el cementerio del S. O.



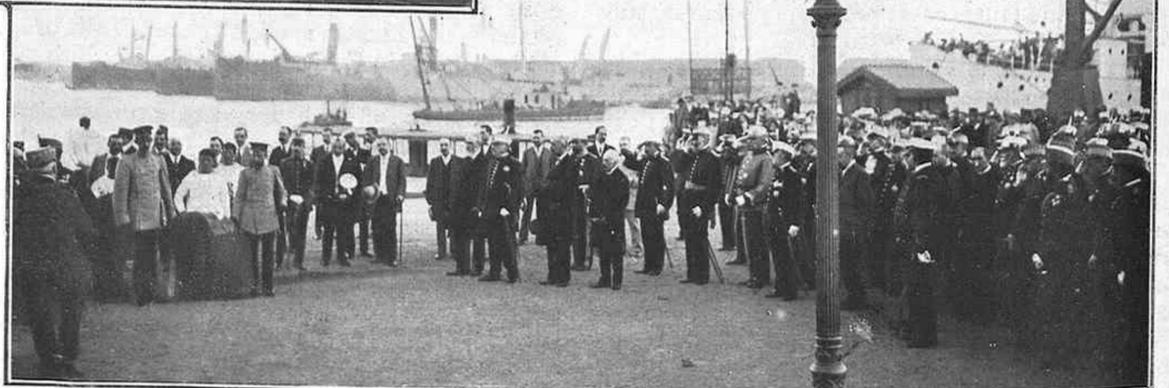
Barcelona.—Llegada de los restos del heroico coronel D. Francisco Iboleón.—El hijo y el hijo político del coronel Iboleón conduciendo la urna funeraria.

salutación á los delegados, y expresó, una vez más, su gratitud á S. M. el rey por haberse hecho representar en el acto. El general Del Río contestó en patrióticas y levantadas frases.

Hablaron después elocuentemente D. Ramón Casas, presidente de la Comisión ejecutiva, y el coronel del regimiento del Rey Sr. Agulla.

El juez de instrucción D. Máximo Redondo leyó una bellísima poesía.

En seguida, á los acordes de la Marcha Real, el general Del Río descubrió el monumento.



Las autoridades ante los restos del héroe. (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

BARCELONA. — BANQUETE DE SOLIDARIDAD DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS CATALANES

Con motivo de una cuestión de delicadeza surgida entre un empresario de esta ciudad y el eminente dramaturgo Ignacio Iglesias, la casi totalidad de los autores dramáticos catalanes, han hecho suya la causa de su compañero en las letras y promovido un movimiento de solidaridad artística.

Para rendir un homenaje á Iglesias y á los que con él habían iniciado esta solidaridad, valiosos elementos de esta capital organizaron en honor suyo un banquete que se celebró el día 13 de este mes en el «Mundial Palace» y al que concurrieron ciento cincuenta comensales, literatos, actores, artistas, periodistas y críticos.

Ocuparon la presidencia los señores Mestres (Apeles), Iglesias, Rusiñol, Marial, Crehuet, Morató, Giol, Borrás (Jaime), Pous y Pagés, y Artís

Al descorcharse el champaña, el celebrado actor Sr. Puiggarí dió lectura á las numerosas adhesiones recibidas; Apeles Mestres ofreció el banquete á los agasajados; el Sr. Marial afirmó que el Ayuntamiento

to un hecho, y Rusiñol hizo votos porque los propósitos del Sr. Marial se realizaran cumplidamente y porque la solidaridad artística que acababa de formarse tuviera larga vida.



Barcelona.—Banquete celebrado en el Mundial Palace en honor de los autores dramáticos catalanes (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti)

Puso término á los brindis Ignacio Iglesias con un sentido y elocuente discurso, saludando á los autores dramáticos que se han puesto á su lado, afirmando que, pese á quien pese, será un hecho el proyectado teatro catalán con vida propia é independiente y manifestando que este teatro no será catalán exclusivamente sino que en él habría cada año una temporada de seis meses para representaciones de compañías castellanas y aun extranjeras, á todas las cuales se recibirá con los brazos abiertos.

Todos los brindis, especialmente el del Sr. Iglesias fueron aplaudidos con entusiasmo y cuantos asistieron á la fiesta salieron de ella complacidos, porque en ella vieron un

to aprobaría la proposición presentada para la creación del teatro catalán, y aseguró que éste sería pron-

nuevo y decisivo paso hacia la regeneración del arte dramático regional.—T.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el. El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.



GESAR Y MINKA

Criadero y comercio de perros de casta, ZAHNA (Prusia) recomienda Los más notables perros de casta

PERROS DE GUARDA, DE LUJO Y DE COMPAÑIA así como todos los PERROS DE CAZA, desde el grande DOGO DE ULM y el PERRO DE MONTE hasta el más pequeño PERRITO

FALDERO. Lista de precios ilustrada gratis. ENVÍO Á TODAS LAS PARTES DEL MUNDO Y EN TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. — GRAN EXPOSICIÓN PERMANENTE EN LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE ZAHNA.

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holzt.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

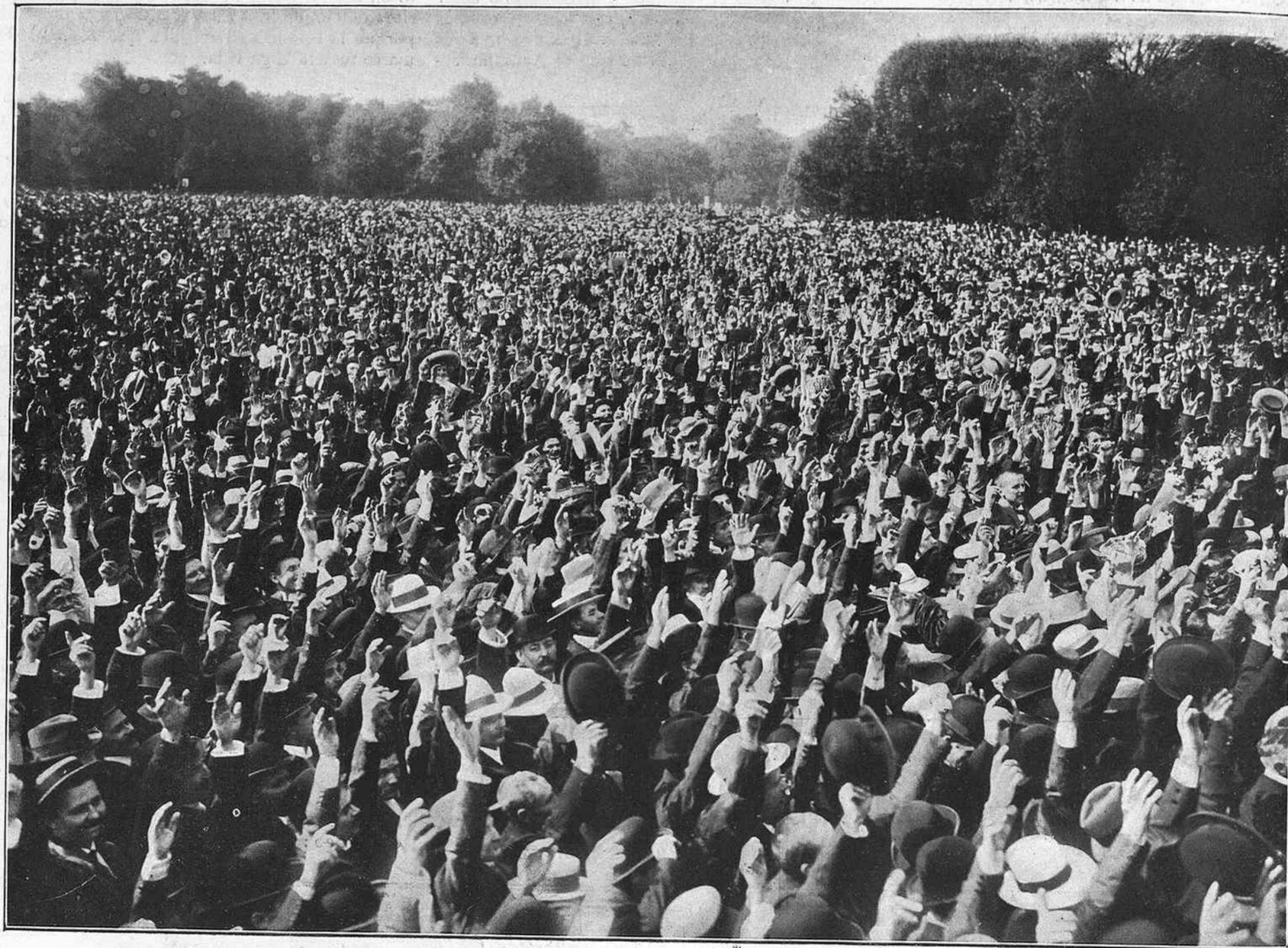
Date de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Bóno y conserva el cutis limpio y terso
Casa GANDÈS B^e St-Denis, 46

ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín — Francoforte s/M. — Hamburgo
Londres — París — San Petersburgo — Viena.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HONOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

URANIA
INCOMPARABLE ÚLTIMO MODELO
750 ptas.
La más sólida, visible y perfeccionada.
Agente General para España
JUAN ROVIRA — CORTES, 619, BAJOS BARCELONA

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona



Berlín. — Mitin socialista monstruo en pro de la paz celebrado en el parque de Treptow

Aprobación por brazos levantados de las conclusiones propuestas. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El día 3 de los corrientes efectuóse en Berlín un mitin socialista monstruo en pro de la paz. Más de 150 000 personas reunieron en el parque de Treptow para escuchar á los veinte oradores que les dirigieron la palabra desde diez tribunas levantadas en distintos sitios; y aquella multitud inmensa, desafiando los rigores de un calor asfixiante, oyó en el más absoluto silencio los discursos, prorrumpiendo de cuando en cuando en formidables salvas de aplausos.

De pronto un toque de corneta indicó que iba á votarse la resolución adoptada contra la guerra, y todos los asistentes, levantados los brazos, agitaron las manos, ofreciendo entonces el parque un espectáculo tan grandioso como imponente.

Esta actitud pacifista á todo trance de los socialistas berlineses contrasta con la del Comité delegado del Congreso obrero alemán que representa á todos los sindicatos obreros cristianos

nacionales que comprenden cerca de millón y medio de adheridos. Este comité, como respuesta á la propaganda socialista, aprobó, con posterioridad al mitin de Treptow, la siguiente conclusión:

«Los socialistas hacen actualmente una viva propaganda en todos los talleres y fábricas, con objeto, en el caso de que estallara una guerra, de organizar una huelga general. Rechazamos tales ideas con la mayor energía, considerándolas como perjudicialísimas para el país y como destinadas á rebajar ante el mundo á la clase obrera alemana. Estimamos, por el contrario, que aprovecharse de la situación crítica presente para preparar la revolución social es mostrarse traidores al pueblo y á la patria. Semejantes procedimientos no pueden dar otro resultado que debilitar las fuerzas de resistencia de la nación, cuando debieran estar unidas.»

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas. Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ



GEMELOS PRISMATICOS

PARA

**EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.**

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS
DE OPTICA Y POR

E. Leitz, Wetzlar (Alemania)

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN